Juan Hermanos



EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Con este pseudónimo, el desconocido autor presenta la historia-testimonio de quienes bajo la denominación de "hermanos", se enfrentaron al franquismo en los años posteriores a la Guerra Civil Española.

El fin de la esperanza

La fin de l'espoire

1950

Primera edición en español:

Bayo Libros, La Habana,

1963

Traducción:

Julio de Álava

Prólogo

Jean-Paul Sartre

Maquetación actual:

Demófilo

2020

Libros libres para

una Cultura Libre

ꙮ

Biblioteca Omegalfa

2020

Ω

Juan Hermanos

El fin de la esperanza

Testimonio

Biblioteca Omegalfa
2020
Ω

PRÓLOGO

por Jean-Paul Sartre

Una noche, durante la ocupación, estábamos reunidos varios amigos en la habitación de un hotel. De repente, una voz desconocida pidió socorro en la calle. El tono de aquella voz era tal que sin ponernos de acuerdo, descendimos corriendo: la calle estaba desierta, dimos la vuelta a la manzana y no encontramos a nadie. Volvimos a nuestro trabajo, pero aquella voz no cesó en toda la noche de gritar en nuestros oídos. Una voz sin rostro, sin nombre, que gritaba para todos. En estos tiempos medrosos esperamos una ayuda lejana, un socorro que tarda en llegar y cada uno se pregunta si no es su propia voz la que ha oído. Cuando leí por vez primera *El fin de la esperanza* me pareció reconocer esa voz; es ella, la que desde Madrid lanzó la llamada a fines de enero de 1946. Entonces decía: «Ya es casi demasiado tarde»; y el llamado nos llega en 1950. Cuando lo publicamos en *Les Temps Modernes* recibimos algunas cartas, que nos preguntaban: «¿Quién es Hermanos? ¿Dónde vive?». Yo respondí: «No sé». Ofrecían dinero, ayuda. Yo contesté: «Es demasiado tarde».

Cuando comencéis la lectura de este libro os parecerá que os habla de vosotros mismos. Las personas, las detenciones secretas, la lucha clandestina, la distribución de propaganda, el miedo, la escucha ansiosa de la radio inglesa; todo esto nos es muy conocido. El autor acertó al elegir su seudónimo; esos españoles son hermanos nuestros; esperaban apasionadamente nuestra liberación, porque acarrea-

ba también la suya. La nuestra llegó, pero no era su liberación. Lo que nosotros vivimos embriagados de alegría, ellos lo vivieron sumidos en la angustia, la decepción, el estupor; al volver cada hoja, nuestros recuerdos se transforman en remordimientos: hemos entregado a nuestros hermanos. La voz cambia, se vuelve la VOZ DE OTRO, de un hombre a quien hemos asesinado. Aquélla vive todavía, vibra por primera vez en nuestros oídos, y él, con toda seguridad, ha muerto. Muerto en la desesperación. ¿Y podéis comprender lo que estas palabras quieren decir? Nada importa morir; pero sí morir en la vergüenza, en el odio, en el horror, lamentando haber nacido. Esto es el mal, y no penséis que victoria alguna puede borrarlo. Aunque llegáramos a liberar a España, buscaríamos inútilmente a Hermanos y a sus compañeros de Barcelona y Málaga; ya desaparecieron. España está vacía de ellos, como lo estaba la calle solitaria; no hay nada que hacer, nada que borrar, nada que reparar, las últimas palabras del libro: «He aquí lo que han hecho de nosotros estos marranos, las democracias y los camisas azules reunidos». Son las últimas palabras de un moribundo y no podemos cambiar una sola letra: ES DEMASIADO TARDE.

Es preciso que oigáis ese grito de vuestra víctima, el clamor que precede en un segundo al postrer momento: la voz aflictiva del fin de la esperanza. Este clamor no ha cesado desde hace veinte años: fue primero el de los judíos alemanes; más tarde el de los austríacos, luego el de los españoles, el de los checos, el de los polacos: perecieron unos después de otros; cuando morían unos aparecían otros que levantaban la voz y gritaban a su vez. Nosotros nos tapábamos los oídos. Ahora, ahí tenéis este libro; los que gemían han muerto, pero quedan las palabras impresas. Debéis leerlas para aprender cómo se clama el fin de la esperanza, porque vuestra vez llegará pronto. Después no quedará nadie para gritar, ni tampoco para taponarse los oídos.

- 1 -

EL PRINCIPIO

PUESTO que estoy decidido a escribir, es necesario decirlo todo. Por lo tanto, voy a entrar en los detalles. Es difícil redactar después de tantos años. Se pierde la costumbre. Justamente quiero llegar a esto, a perder el hábito, no sólo de escribir, sino de obrar y de pensar. En aquella época, esto no había todavía comenzado. Mucha gente estaba en la cárcel. Los que están presos no tienen nada que perder. Han sido descubiertos. Entre ellos pueden decirse todo lo que piensan, aunque haya soplones. Esto no tiene importancia. Los que se hallan libres temen ser detenidos, ahí está la diferencia. He aquí por qué, mientras los hombres estaban presos, la moral se mantenía elevada. A medida que ellos salían, el miedo se apoderaba del país.

El largo aprendizaje del miedo es difícil. Tener miedo ha devenido nuestra manera de ser. Vosotros no sabéis lo que es hablar siempre a medias palabras. Es preciso que todo lo que se diga pueda figurar en un Informe policiaco sin que constituya una prueba. Hay que contar con la posibilidad de dar otro sentido a la frase, aunque sea evidente que no es el verdadero. Vivíamos en perpetuos interrogatorios. Éramos, a la vez, el juez de instrucción y el acusado. Buscábamos en cada conversación pruebas contra nosotros mismos para poder responder a ellas. Esto agota. A tal precio muchos preferían no hablar, no pasarse al enemigo, sino solamente callarse, no trabajar. Ahora, los dos tercios de los nuestros han llegado a ese estado. Pero ello se fue efectuando poco a poco.

Al llegar a Madrid no me hallaba tranquilo. Tenía algunas direcciones, pero seguramente los dos primeros refugios estaban vacíos. Lo más desagradable era pensar que los amigos habían sido reemplazados por gente de enfrente. Después de todo, era tal la falta de viviendas. Y si llegaban a decir: «Está detenido. Y usted estese quieto. Llamo a la policía». Esto podía muy bien ocurrir. El tercero estaba en su casa. En esa época ya he dicho que todavía quedaban energías. Éstas eran más fuertes que el miedo. Permanecí allí una semana. Iba, venía, reanudaba conocimientos. Para lo que quería hacer, hacía falta ver antes. Vi muchas cosas. Las calles estaban llenas de fusiles. En cada encrucijada, dos mocetones de uniforme gris, con mosquetón al hombro y pistola en la cintura. Deben ser elegidos muy cuidadosamente para conseguir que todos tengan esa jeta de bestias de carga. Esclavos armados destinados a vengarse de su esclavitud en los esclavos desarmados. Una vieja historia. Todo el mundo vociferaba las victorias alemanas. Nosotros acabábamos de obtener un éxito heroico, habíamos tomado Tánger, donde no existía guarnición; por consiguiente, se limitaron a movilizar unos cientos de hombres para romper los cristales de la Embajada británica. Los barrios obreros habían sido seriamente afectados. Faltaban la casi totalidad de los hombres, una parte estaba en la cárcel (esperando que se les fusilara para dejar sitio), otra estaba en presidio o en lo que se llamaba «campos de trabajadores». Los que quedaban eran sometidos a un embrutecimiento sistemático. Se hallaban retenidos hasta nueva orden bajo las banderas, las banderas del enemigo. Contando bien, resultaban cuatro años de guerra, más dos de cuartel y no había terminado la cosa. (Es lo que se denomina eliminación de los fermentos intelectuales). Era allí donde se vertía a los estudiantes. No se les licenciaba hasta pasados dos años, después de una interrupción de sus estudios de cinco a ocho años; se estaba así seguro de haber aniquilado, en esta

generación y en la siguiente, toda posibilidad de aprender a pensar. Los observé después de su vuelta al estudio. Les hicieron falta varios años para aprobar su primer examen. Tuvieron que volver a empezar para poder seguir y comprender los cursos. Eran ya una minoría. De esta minoría algunos consiguieron los títulos. Son malos abogados, pésimos médicos. Inútil hablar de los ingenieros, de los arquitectos y de todos aquellos cuya ciencia reclama una aplicación continua. Éstos no han podido incorporarse nunca.

Cerca de la Universidad conocí a Miguel y es con Miguel con quien todo comenzó seriamente. Me había dedicado a hacer el «mercado negro». Todo el mundo lo hacía y todos lo hacen todavía. Vendía cigarrillos al por menor, dos o tres y hasta uno. Al principio, ello me parecía un atentado a mi dignidad moral. Luego, la necesidad hizo ley. Miguel tomó la costumbre de venir a comprarme cigarrillos. Un día mientras buscaba la moneda en el bolsillo seguía discutiendo con un amigo: filosofía alemana. No pude resistir el deseo de dirigirles algunas palabras. Se quedaron estupefactos. Yo les expliqué la evolución reciente de la filosofía fenomenológica, que se ignoraba entonces en España. Después volvieron a sus clases. Una semana más tarde, Miguel me proponía que colaborase con él. Era un muchacho realmente extraordinario. Alto, deportivo, de anchos hombros, pero ágil, nervioso y vivo. Tenía una imaginación peligrosa, sin cualidades de observación reales; era capaz de improvisar una actitud, una teoría, una definición, insolentemente audaz y seguro de sí mismo. Le vi jugar con fuego durante esos años con espontaneidad y tal entusiasmo que aun en los reveses, y sobre todo en los reveses, tenía el aire de dominar la situación con sus ojos apasionados y su fanatismo violento. Atraía y complacía a los muchachos y muchachas. No se podía ser amigo de Miguel; sus compañeros le admiraban y las mujeres se enamoraban de él. Miguel no ofrecía jamás nada a cambio. Su presencia bastaba. Constituía un orgullo

el haber sido admitido por él, elegido entre otros. Tenía tal confianza en su penetración psicológica que me había hablado de sí mismo sin reservas. Si hubiera querido le hubiera enviado a la cárcel. Sabía que yo no haría esto. Yo no estaba todavía enterado de lo que hacía, pero sí seguro de que tramaba algo; esto bastaba.

Los acontecimientos, sin embargo, se precipitaban en el mundo. En tanto que los exámenes terminaban en la Universidad, los alemanes se preparaban para invadir Inglaterra. América no se movía. El país esperaba que los Panzer franquearan los Pirineos para atacar Gibraltar. Para muchos de nosotros eso hubiera sido la señal de la revuelta. Uno se acordaba de los guerrilleros del siglo XIX y de su lucha contra Napoleón. La entrada de los alemanes apoyados por el gobierno crearía el mismo clima. Hace más de un siglo, los franceses se apoyaban también en el gobierno reconocido. Si hubiésemos sido ayudados por los aliados, todo hubiera sido revisado. Hubiéramos olvidado la no intervención; la presencia impasible de los franceses en nuestras fronteras en 1939, permitiendo estrangular la libertad en nombre de su tranquilidad; la infamia de los ingleses aplaudiendo su propia imparcialidad, mientras los ejércitos alemanes e italianos experimentaban en nuestro suelo los principios de la guerra moderna. Todo esto hubiera sido borrado. Nosotros entraríamos en la resistencia mundial contra las dictaduras. Estábamos dispuestos a ver el país de nuevo ensangrentado, a luchar por Gibraltar como las democracias se batían por Dantzig. Que se nos perdone. ¡Estábamos tan solos! ¡Estamos todavía de tal modo desamparados!

A las cuatro o a las cinco, nos reuníamos en casa de Miguel, siempre los mismos. Escuchábamos Inglaterra en onda corta y pensábamos: «Ahora comprenden, ahora han comprendido». Nos prometen todo si nos levantamos; comprensión, ayuda, armas. Y nosotros, ingenua, generosamen-

te, estábamos dispuestos a todo. Revueltas aisladas, prematuras, sin cohesión, llevaban todos los días a nuevos idealistas a su primero y último contacto con la realidad: el muro y el pelotón de ejecución. Miguel era también apasionado, pero más perspicaz. Esperaba. Éramos todavía cinco. No se me presentó a los otros. Los fui conociendo poco a poco. Había allí, además de Miguel, cuatro muchachos y una muchacha.

Ésta se llamaba Margarita. Manos de trabajadora, pero sin rudeza, cuidadas, uñas muy cortas. El dedo del corazón de la mano derecha tenía una ligera callosidad en la parte lateral, a la altura de la uña. Mientras escuchábamos examiné con insistencia esa mano colocada correctamente sobre la falda. No había duda: una taquimecanógrafa. Debajo de la mano, mi mirada descendía hacia las medias y el calzado de una elegancia barata. Piernas sumisas, más bien finas; un cuerpo vulgar, bucles castaños; rostro más bien pálido. Una de estas mujeres que están dispuestas a sacrificarse por su hogar y por sus hijos. Pero había encontrado a Miguel y se consagraba a la causa. Debió morir trivial, tranquilamente, sin frases ni canciones. Tuvo, sin duda, mucho miedo, pero no habló. Estas mujeres no hablan.

Se trataba de formar grupos de partidarios. Cada uno de nosotros debía ser el jefe de su grupo, un jefe eventual. Por el momento no era otra cosa que el intermediario entre Miguel y el grupo. Si alguno conseguía reunir una docena de adherentes, se designaba a uno de los miembros para formar un nuevo círculo, hasta el día en que una verdadera tela de araña se extendiera sobre la capital para envolverla de un golpe. Esto era irrealizable. Pero nosotros no lo sabíamos todavía. No preveíamos que las circunstancias nos serían adversas, cada día más terriblemente adversas. Escuchábamos con el oído tenso, para percibir a través de las interferencias. Al principio respiraba lo menos posible; como

un buceador, aspiraba una buena bocanada de aire y me inclinaba hacia la radio. No respiraba de nuevo hasta que no podía más. Poco a poco aprendí a escuchar las emisiones clandestinas sin que el corazón me latiera de esperanza, sin creer que cada noche iba a surgir un milagro de la caja sonora. Luego, discutíamos.

Las detenciones y las pesquisas se sucedían sin cesar. Coches alemanes con la cruz gamada transportaban agentes de la gestapo de uniforme. Franco otorgaba a Serrano Suñer, lacayo de Hitler, plenos poderes para nazificar el país lo más rápidamente posible. Los alemanes, cada día más numerosos, se mostraban en las calles con banderitas de la cruz gamada en su ojal. Algunos franceses, que intentaron ostentar sus colores, fueron primero insultados y luego golpeados por los camisas azules. En todas partes, los «Hoteles de París» y los «Hoteles de Londres» debieron cambiar de nombre. De vez en cuando, el ruido de la fusilería llegaba al centro de la ciudad, en las noches profundamente tranquilas. La moral se mantenía firme, las crisis de indignación levantaban a los más calmosos. En la prisión de mujeres de las Ventas se organizaban con las prisioneras representaciones teatrales.

Me acuerdo de Clarita, una preciosa joven de diecisiete años, que fue detenida con dieciséis compañeras en el curso de una reunión. Ella trabajaba maravillosamente y se le confiaban siempre los papeles principales. Fue fusilada una mañana, precisamente después de una actuación a la que asistieron los carceleros y el alto personal de la prisión. Se negó a aceptar los auxilios del capellán después de haber preguntado a éste si la Iglesia católica podía *verdaderamente* apoyar a tales asesinos.

Ocurrían en las Ventas cosas terribles. Una muchacha, que gozaba de cierta libertad para cumplir no sé qué quehacer doméstico, fue violada en uno de los pasillos y se ahorcó en

una cadena de los retretes. No fue el único caso de violación, pero las muchachas se callaban por vergüenza. La arbitrariedad era tal que los simples guardianes disponían de la suerte de las prisioneras. Una de ellas, después de haber sido violada por un carcelero, recibió una sorprendente petición de mano. Al ser rechazado, el hombre hizo detener al padre y a la madre de la víctima hasta que ésta transigió. Entonces los tres fueron objeto de un sobreseimiento. El matrimonio se realizó. Todas estas noticias nos abrumaban, provocando una repugnancia más fuerte que el temor. Sin Miguel hubiéramos cometido, también nosotros, tonterías. La prudencia que nos aconsejaba no era igualada sino por la temeridad de que él mismo daba pruebas.

Y otra vez la radio de Londres y de nuevo los latidos del corazón.

Cada uno informaba de sus actividades reservadamente a Miguel, pero en las discusiones generales, que tenían lugar después de la emisión clandestina, me di cuenta de que los progresos, por lentos que resultaran, eran ciertos. Yo había conseguido dos adhesiones y esperaba que se multiplicasen en progresión geométrica. No creáis que dos adhesiones en seis semanas eran poco para un solo hombre. Imaginaos la situación. No estábamos ocupados por un ejército extranjero como en Francia, sino por nuestros propios soldados. Éramos prisioneros de guerra en nuestro propio suelo. Hablábamos la misma lengua, pero de cada cuatro individuos, uno era enemigo nuestro. Aquel que tenía la desgracia de equivocarse de hombre, el muro le esperaba. Para quien pasaba de las medias palabras a la explicación, sin asegurarse de las opiniones de su interlocutor, el arresto era inmediato. Reclutar gente en esas circunstancias era más difícil de lo que parece, aunque las tres cuartas partes del país estén con uno, sobre todo cuando la otra cuarta es la que dispone de las ametralladoras.

Y, sin embargo, trabajábamos con entusiasmo. Además de mis adherentes sondeé a otras veinte personas y obtuve contestaciones favorables, pero no decisivas. De tal modo no podía comprometerme a fondo. Cada uno trabajaba en su medio: yo entre los obreros, Miguel entre los estudiantes, Margarita entre lo

oficinistas, José entre los dependientes, Jorge, Pedro y Julio entre los trabajadores especializados. Cada uno de éstos formaba ya un grupo (electricistas, mecánicos, telegramistas). Eran con mucha diferencia los más útiles. Miguel había mostrado una gran penetración al acentuar por este lado el reclutamiento. La cabeza era Pedro. Extraño muchacho, indolente y dogmático, con una capacidad de concentración prodigiosa. Antes de la guerra era un simple mecánico que dedicaba sus ratos de ocio a estudiar los motores en los libros. Pasó luego sin dificultad a estudiar las matemáticas. Su pasión por la ciencia era completamente desinteresada. No buscaba sacar provecho de ella. El único beneficio que obtuvo fue el nombramiento de oficial, después de un año en el frente. Entonces, cuando nadie abría un libro, sacó tiempo para estudiar economía política. No sé cómo tuvo la suerte de librarse del campo de concentración y vivía con documentación falsa. Solo en la vida, como los otros, no le oí jamás discutir. Cuando no se creía a la altura de la conversación se callaba y asentía. Cuando se consideraba competente, exponía sus opiniones como una sentencia y rehusaba sistemáticamente todo intercambio de puntos de vista. Único marxista de nuestro grupo y ortodoxo, tenía la fe de un creyente. Cuando comprendió que no había nada que hacer, que el mundo nos abandonaba, que estábamos definitivamente solos, se fue al ejército clandestino para continuar la lucha.

Miguel había visto perfectamente claro. Si teníamos con nosotros grandes formaciones de obreros especializados,

podríamos reemplazar en unas horas el personal de correos, de la radio, de teléfonos, de los gasómetros y de las centrales eléctricas, requisar las fábricas y los automóviles o bien sabotear todo. La responsabilidad de Pedro era, por consiguiente, muy grande. Aunque él no trataba de ello más que con Miguel, llegué a saber por Julio y Jorge que esos grupos eran mantenidos continuamente en jaque por maniobras silenciosas. Los hombres se paseaban los domingos por las calles, procuraban penetrar en los edificios, y en su recorrido observaban los emplazamientos de los hombres de gris de la Gestapo falangista.

Por mi parte, me hallaba en el límite de mis fuerzas físicas. Yo resistía porque hacía falta mantenerse, pero el hambre me agotaba. Entonces fue cuando Miguel me hizo cambiar de vida y de campo de acción. Margarita trabajaba como mecanógrafa en una casa extranjera. Allí no me reclamarían molestos certificados políticos. Por el contrario, salir de la cárcel o venir clandestinamente del exterior eran una recomendación. Yo conocía el inglés y, después de mi exilio, hablaba el francés con gran corrección. Fui admitido. Entonces cambió mi vida. Todo contribuía a transformarlo. La campaña estaba empeñada a fondo. De nuevo contaba con lo necesario para comer y vestirme, y trabajaba la jornada junto con Marga.

No sé cómo llegué a ser el confidente de Miguel. Ello vino poco a poco. Siempre admiré en él esa vitalidad, esa entusiasta necesidad de gozar de la vida. Miguel tenía tiempo de vivir, él lo encontraba, y para esto tenía necesidad de un testigo. Me hablaba de su vida privada en los escasos momentos de descanso de que disponíamos. Me habló de María-Rosa y de la manera cómo la conoció.

Ocurrió, como siempre, de una manera inesperada. Todo está gris, todo triste. El mundo rebosa de desventuras y súbitamente uno se da cuenta de que hay gentes que sonríen.

Se busca la sonrisa en los labios para responder a aquello, como se busca el azul del cielo a través del cristal, y bruscamente la calle vuelve a ser sonora. Se oye otra vez el tranvía que pasa, el ronroneo de los autos. Uno se siente viviente y joven, y gusta de sentirse joven y vivo.

María-Rosa, bonito nombre. Era alta, rubia, con un semblante tan patéticamente juvenil y, sin embargo, hermético, como en guardia. Una jovencita encantadora, apenas adolescente, a quien la vida ha sorprendido transformándola en bella y deseable.

La conversación era general. Todo el mundo gritaba. La música escondía melodías negras. Se miraban a través de los otros. Los dos estaban muy serios. Algo tan estúpido, tan sentimental, que debió respirar a fondo para recuperar su aliento. Él oyó que ella suspiraba a su vez. Aquello se ponía cada vez más ridículo. Él pudo deslizar: «Es usted muy hermosa» y se alejó para detener aquella tensión que le avergonzaba un poco. Ahora ella se hallaba en el centro del grupo, siempre seria, sonriendo con un aire de exquisita cortesía, pues no pudo nunca disimular un sentimiento. Su franqueza, que le ocasionó a menudo disgustos, le sirvió aquella noche.

Ella bailaba sin cesar y no rehusaba a su vez a nadie. Miguel, de lejos, no la perdía de vista. Ella hacía todo lo posible para mirar a otra parte, pero su mirada caía invariablemente en él. Algunos de los bailarines que se habían dado cuenta, gozaban maliciosamente, procurando llevarla de tal manera que ella le volviese la espalda. Ella se lo agradecía, más que otra cosa. Pero, cuando al fin él se acercó, ella sabía que todo estaba dicho entre ellos. Él también lo sabía. Por ello no habló, ni siquiera para invitarla. Él, sonriendo, tendió la mano hacia ella, y ella, con la misma sonrisa, puso su manita en aquella palma y se dejó llevar hacia la pista. La cosa estaba definitivamente decidida. Ella se dejó con-

ducir hacia la pista, pero lo hubiese seguido ya donde él hubiera querido, con su mano acariciante y dulce en la mano sólida, que manejaba la máquina multicopista o el revólver; tierna y valiente, iría tras de aquel muchacho hasta los infiernos.

He ahí lo ocurrido. Su ansia de decirse y de saber todo era tan grande que no podían hablar. Al fin, él dijo: «Tienes tal número de pretendientes, que temía no poder bailar contigo». Ella, con la falta absoluta de coquetería que le caracterizaba, respondió: «Lo mismo temía yo», y cuando más tarde él le dijo:

«¿Quieres que nos vayamos?», ella aceptó sin frases, con un simple «Sí», sin saber dónde la llevaba.

Era la hija de un exilado español, un ingeniero que había alcanzado el grado de comandante en el ejército republicano y que ahora vivía o trataba de vivir en América, como cientos de sus compañeros. María-Rosa apenas había acabado su bachillerato y ya daba lecciones para subvenir a las necesidades de su madre y de un hermano pequeño. En el momento en que su padre consiguiera una situación estable, toda la familia iría a reunirse con él. Mientras tanto, María-Rosa quería empezar sus estudios en la Universidad.

Miguel había tenido suerte. Miguel era siempre afortunado. Enamoraba a las muchachas así, a primera vista, sin esforzarse en ello.

2

ORGANIZACIÓN CLANDESTINA

HICIÉRAMOS los que hiciésemos, éramos siempre prisioneros. El aire continuaba siendo irrespirable. Los críticos alababan todos los libros, por pésimos que fueran, si salían de una pluma falangista. Si uno de éstos corría el riesgo de ser suspendido en un examen, se presentaba de uniforme y exigía la aprobación, acusando al profesor de republicano. Para evitar este nombre, se hubiera transigido con cualquier cosa. Los antiguos combatientes podían robar, matar, estafar, tenían siempre razón.

En la oficina había dos que no hablaban de otra cosa que de una San Bartolomé de republicanos. Toda palabra imprudente provocaba un diluvio de frases soeces sobre la libertad y las ideas democráticas. Había que asentir, para no hacerse sospechoso. Su odio era sostenido por un complejo de inferioridad creciente. Puesto que todos los intelectuales eran de izquierda, ellos se declaraban con orgullo enemigos de la inteligencia. Por otra parte, los salarios de hambre, impuestos para embrutecer al pueblo, les afectaban más que a nosotros. Pero tenían que mostrarse conformes y vertían contra nosotros su rencor. Un oficinista cobraba entonces quinientas pesetas mensuales. Una habitación infecta costaba ya ciento cincuenta pesetas. Con el resto había que comer, vestirse, vivir. El desayuno consistía en un vaso de agua caliente de color azulado, ni siquiera blanco, que llamaban leche. El almuerzo y la cena eran una especie de rancho con alubias, arroz y lentejas. Las tiendas de comestibles rebosaban de productos alimenticios, pero a precios

verdaderamente exorbitantes. Una vez o dos por semana aparecía en la fuente de nuestra mesa un hueso con ínfimos colgajos de carne coriácea. Un régimen de presidiarios. Ir al cine, aun a los de barrio, era un lujo. Recibir cada mes la cuenta de la lavandera era una prueba dolorosa. Sin mi trabajo de propaganda y sin las reuniones alrededor de la radio de Miguel, hubiera rabiado. Ahora los planes eran discutidos en común, yo estaba en buen camino. Se empezaban a señalar los objetivos en el plano de Madrid, los nidos de resistencia y las maniobras domingueras adquirían amplitud; por su parte, la burguesía republicana recobraba su aliento. El hecho de inscribirse en los cursos del Instituto Británico, aunque su director fuera un franquista probado, constituía para las muchachas y muchachos un desafío a las autoridades de ocupación. El invierno, de un rigor espantoso, congeló las cosas; faltaba el carbón, salvo para los ricos. En los hogares no había nada que quemar. Los muebles habían quedado reducidos al mínimo más estricto.

Los que salían de la cárcel extenuados, a menudo mutilados, muchos con las costillas rotas y no curadas durante su detención, morían como moscas. Las familias deseaban que no salieran. Pero al fin era lo mismo. Ellos agonizaban en la cárcel y, para no recargar las estadísticas, se les echaba fuera en el penúltimo día. Así es que morían en la acera, en el café de enfrente o en su casa, si podían arrastrarse hasta ella. Desgarraba el corazón ver a nuestros albañiles trabajar en los andamios vestidos con las guerreras del ejército republicano despojados de insignias. No éramos otra cosa que prisioneros de guerra y todo nos lo recordaba. Al lado de las colas, delante de las tiendas, una patrulla de hombres de gris, con una cachiporra en la mano, montaba la guardia. Zurraban sin necesidad, por no saber qué hacer, por vicio, porque «se» habían empujado. Si alguien protestaba, le daban la gran paliza. Si eran varios los protestadores, llevaban una mano a la culata de sus pistolas y con la otra seguían

golpeando con el zurriago.

No es posible imaginarse aquello. La angustia atenazaba la garganta ante esta religiosa ferocidad, ante este sadismo envilecedor. Creo que ni en Alemania ni en Italia se había visto cosa semejante. Tales hechos pasaban en los campos de concentración, en los calabozos, pero no había allí un deseo de humillar, de tratar a las personas, en plena calle, como bestias. Nuestros hombres eran desarmados, humillados, golpeados, en tanto que llevaban todavía sus guerreras caqui sobre la espalda. Era para reventar de rabia. No se pueden explicar estas cosas.

A lo largo de este período todo se enmarañó en mi cabeza. Siempre la misma cosa, derrotas, derrotas y más derrotas. Por radio se nos pedía que esperáramos, que continuáramos y obedeciéramos. Lo que quiero decir es que, con más o menos fe, según los acontecimientos, proseguimos trabajando sin pausa, con riesgo de nuestra vida, hasta las victorias de los aliados. Estábamos ciegos y sordos para los gritos de alegría de los camisas azules y los comunicados de los diarios. Se aplicaban, sin vacilar, las consignas. Pero cuando empiezo a reflexionar me acuerdo, no obstante, de bastantes cosas.

Lo repito, la paz y el orden reinaban en la calle. Aparte de las granadas que explotaban aquí y allá, no sucedía nada. En el centro, las tiendas estaban llenas de mercancías que sólo podían comprar los extranjeros, porque cobraban salarios altos, y las gentes que detentaban los cargos oficiales. Los disturbios en las ciudades eran esporádicos. Dudo de que se haya producido, por término medio, más de uno por mes y siempre limitados a una calle o inmueble: pasaban desapercibidos. Los únicos que notaron algo fueron los franceses que pasaban para África a incorporarse a la Francia libre.

En Barcelona hubo algunos incidentes brutales. En Madrid,

el centro de los franceses libres fue saqueado por una banda de falangistas, pero aquellos franceses estaban demasiado preocupados por sus asuntos para interesarse por los nuestros. Bajo esta aparente tranquilidad se ejercía silenciosa opresión: la prensa amordazada, las noticias deformadas sistemáticamente; discursos que afirmaban que todos éramos felices y estábamos contentos. Quisiera saber el porqué de estos discursos. ¿Se imaginaban que a fuerza de repetirnos que estábamos de acuerdo con nuestros opresores terminaríamos por pensarlo? La formación de ciertas fortunas era una de las cosas más extraordinarias. Si uno inspiraba confianza, el gobierno lo enriquecía de una manera fabulosa. Para ello bastaba solicitar una autorización para importar artículos que faltaban en España. Dichas autorizaciones no eran concedidas más que a gentes seguras, a condición de repartir los beneficios con las autoridades competentes. Todo el mundo sabía que el asunto era oficial. La condición *sine qua non* era trabajar en favor del régimen. El resto era una simple cuestión de precio. Las tarifas de la corrupción eran oficiales, todo el mundo las conocía, aunque no se publicaran por decoro.

Todo se vendía, desde un simple pasaporte hasta las patentes. Con este fin se crearon agencias, que publicaban anuncios en los periódicos. Mediante una suma elevada, estas agencias «privadas» proporcionaban los papeles que uno necesitaba en cuarenta y ocho horas. Este estado de cosas era aceptado por todos. La injusticia se había convertido en ley. No estando seguros del mañana para confiar en un aumento honesto de beneficios, los que podían reunir dinero lo hacían. No se respetaba a las gentes sino en función de su cuenta en el banco. Los intelectuales, los profesores, los médicos de los hospitales, reducidos a un tren de vida particularmente modesto, excepto si eran «patriotas», se convertían en el hazmerreír del público. La literatura, que había alcanzado durante la República un esplendor extraordinario,

estaba prácticamente muerta. No se escribía. No se leía.

García Lorca, fusilado; Antonio Machado, muerto después de la evacuación de Cataluña; Alberti, exilado voluntario; Miguel Hernández, apresado y muerto de hambre, y así sucesivamente. Los que tenían algo que decir temían decirlo. Los que deseaban leer eran condenados a tragarse novelas en las que la heroína era siempre una joven religiosa y dulce brutalizada por los ateos y los republicanos. La Iglesia católica mantenía al país en un obscurantismo propicio al desarrollo de la fe. Con el propósito de prohibir prácticamente el acceso a la Universidad de los jóvenes sin fortuna, se hizo obligatoria la asistencia a las clases. Así fueron eliminados de oficio todos los estudiantes que trabajaban para ganar su vida.

Los discursos oficiales estaban llenos de alusiones a la obra magnífica realizada por el franquismo. Los errores, se nos decía, provienen de la importancia dada a la razón y a la cultura, la inteligencia había minado la fe en la iglesia y en la autoridad política. Restaurados estos dos principios, España se transformaría en un paraíso sobre la tierra. Aunque esto le parezca imposible al lector extranjero, la Iglesia consiguió imponer y poner de nuevo en el candelero el escolasticismo de la Edad Media. Según la opinión de los católicos, el siglo XII debe ser considerado como el punto culminante de la civilización occidental. Después, Europa decayó. Poder absoluto de derecho divino, negación del progreso científico, educación de la memoria más bien que el de otra facultad, a fin de poder repetir los argumentos aprendidos. No saber discutir. En la Universidad se llegó a suspender en los exámenes a aquel que no repetía al pie de la letra las lecciones de los profesores. No se podía ni criticarlas ni exponer otras. Se nos transformaba en papagayos. Se nos entregaban manifiestos en los que se decía que el país reclamaba «el restablecimiento de las piras de la Inquisición» (*sic*). En esto

habían sobrepasado la medida. Los mismos falangistas negaron la aprobación y el restablecimiento de la Inquisición fracasó. En este ambiente, seguíamos esperando. Había peligro para nuestra vida y ello nos excitaba.

Miguel expuso claramente nuestra posición; debíamos estar preparados para el fin de la guerra mundial. Nada podíamos hacer sin armas y sin ayuda exterior. La tarea era mucho más fácil en los países ocupados por Alemania, pues aunque el régimen era el mismo, el enemigo era más visible, más vulnerable. Y, sin embargo, ninguno de los frentes de la resistencia se adjudicaba la victoria definitiva, aun contando con la ayuda de aliados exteriores. Por consiguiente, teníamos que esperar a que la vigilancia aflojase o bien a recibir apoyo. Entretanto, el trabajo principal consistía en agrupar a la gente y en no dejar invadir el país por el descorazonamiento, ni permitir que las gentes se resignaran, porque en este caso no había solución. Verdaderamente claro.

Las ondas cortas de la BBC nos prometían todas las noches el oro y el moro, y no podíamos dudar de su buena fe. Acaso hubiéramos descubierto motivos de desconfianza si hubiésemos sido menos jóvenes. Ahora bien: no solamente estábamos en la edad de los entusiasmos, sino que teníamos necesidad de creer y de esperar. El gobierno nos acusaba de falta de fe. Teníamos fe para dar y vender. Pero no era la que él deseaba en nosotros. «Ellos» nos habían abandonado de 1936 a 1939; pero ¿cómo no creer que «ellos» habían por fin comprendido? ¿Que Francia, después de sus años de nazismo, no tuviera un gesto para, a nuestra vez, liberarnos? Eramos unos ingenuos. No obstante, los franceses sabían que hicimos todo lo posible en favor de los refugiados «degaullistas», los mismos que más tarde nos tornaron la espalda, muchos de los cuales escaparon, gracias a nosotros, de los campos de concentración, y con quienes compartimos nuestros vestidos, porque los suyos

eran entonces más andrajosos que los nuestros. En resumen, la consigna era entonces conservar las energías.

Comenzó el trabajo de distribución de propaganda. Miguel estaba probablemente en contacto con los refugiados españoles de América y Francia, porque aludía muchas veces a la correspondencia interceptada o en retraso. Supongo que de allí nos enviaron varias multicopistas, dinero y, de vez en cuando, alguna pistola. Por otra parte, se nos previno que si a Miguel le ocurría algo, alguien nos convocaría mediante un mensaje cifrado y gracias a una palabra de paso sabríamos que se trataba del sucesor. Con las máquinas que Miguel nos distribuyó íbamos a poder intensificar el reclutamiento y ante todo salir de la leyenda. Todo el mundo nos conocía, pero como personajes místicos. Se hablaba de la existencia de organizaciones secretas, pero aparte de alguna bomba fabricada en las cocinas y que hacían más ruido que daño, no daban señales de vida. Era necesario hacer acto de presencia. Los multicopistas empezaron a trabajar. Me acuerdo de mi primera hoja de propaganda. El corazón me latía fuertemente. Entré en un café casi vacío. Tenía la impresión de que todo el mundo adivinaba mi propósito. Una vez en la cabina telefónica pensé: «Si alguien entra inmediatamente después de mí, yo no estoy todavía lejos del alcance de su vista y es un falangista…».

No hubo contratiempo y el primer gesto es el que cuenta. Después uno se envalentona. La sala desierta de un Museo, las escaleras de un comercio, los bancos de los jardines públicos, los cines continuados a las horas de menos concurrencia eran otros tantos lugares donde uno podía dejar tras de sí estos mensajes de esperanza, que en su mayor parte eran religiosamente recogidos y transmitidos de mano en mano. De esta manera nosotros nos manteníamos en tensión al mismo tiempo que el país recobraba coraje. El inmenso pisotear en el mismo sitio de los humillados, de las

víctimas, de los torturados, se callaba. Las multitudes empezaban a abrir los oídos, dispuestas a marchar en la dirección que les indicáramos.

Evidentemente, existían otros grupos que estaban al servicio de la misma causa. Los comunistas, los estudiantes de la FUE (Federación Universitaria Española). Estos últimos, sobre todo, eran valientes y entusiastas como niños y como niños sucumbieron. Por una infantilidad gran número de ellos (detenidos después de la violación del Liceo Francés de Madrid, a despecho de todas las garantías), pasaron largos años en las mazmorras fascistas. La diferencia entre esos partidos o grupos y nosotros consistía en que no hacíamos política de partido. Nosotros queríamos la República y, después, un plebiscito.

Por otra parte, había en nuestras filas un número no despreciable de afiliados a los partidos políticos clandestinos. Esto no importaba. Constituíamos un movimiento revolucionario puro. Ningún partido parecía preocuparse de las cuestiones prácticas, de los planes de acción. Todo lo dejaban al azar; creían en un impulso súbito del pueblo. Miguel, al contrario, reiteraba: «Si mil hombres se sublevan y obtienen un éxito el primer día, al día siguiente tendrán a la mitad de la población con ellos. La dificultad está en reunir esos mil hombres e, inmediatamente, proporcionarles veinticuatro horas de victoria». Miguel pasaba con nosotros mucho tiempo ante el plano de Madrid, cubierto de notas.

En el curso de estas conversaciones, me di cuenta de muchas cosas. En primer lugar, de sus enormes cualidades de hombre de acción y al mismo tiempo de su catastrófica imaginación de idealista. Esta mezcla en dosis elevadas formaba un producto explosivo en alto grado. Un día, Julio, que sentía ciertos escrúpulos, le preguntó si por azar no íbamos por mal camino, si no sería más eficaz ponernos al servicio de un partido, si en fin, bien mirado todo, la idea de la revo-

lución pura por encima de los intereses particulares, no estaba condenada al fracaso. Acaso valga más un compromiso. «Cuando se tiene una idea, respondió Miguel, no puede uno, sin cobardía, dejar de impulsarla hasta la última consecuencia, aunque la idea sea mala. Una idea llevada hasta tal extremo no puede en último recurso, sufrir un fracaso definitivo».

Cuando se lanzaba a hablar del futuro, vislumbraba una gigantesca reconstrucción del país, en primer lugar una movilización general de intelectuales que se repartirían por todas partes para dar cursillos de un año escolar. En dos o tres años, ese 70 por 100 de españoles analfabetos sería sustituido por una mayoría de amantes de la cultura. Éstos serían los más seguros defensores del régimen, pues privados durante tan largo tiempo de toda instrucción se habían consagrado a ella con la fe de los convertidos. La lucha por la instrucción devolvería al país las *élites* que le habían escamoteado los siglos de obscurantismo religioso. Basada en una educación sólida, se haría una selección seria por medio de exámenes y, poco a poco, en breve tiempo, los capaces se situarían en su verdadero puesto. Sólo se alcanzaría el poder por méritos. El poderío del dinero sería excluido.

En lo que se refiere a la corrupción y a los abusos, no solamente la educación daría a cada uno una elevada idea de su responsabilidad cívica, sino que leyes severísimas castigarían toda transgresión en este orden. Citaba el caso de la disciplina cívica de los ingleses y de los escandinavos. En la España fascista, era una prueba de inteligencia esquilmar el tesoro, robar al Estado, abusar de sus poderes, copiar en los exámenes. Un estudiante no podía confesar que había sido aprobado por sabio, pero se vanagloriaba en alta voz de haber tenido el libro en las rodillas. La palabra «empollón» era considerada como un verdadero insulto.

No sé si Miguel tenía razón en estos problemas. Ahora que

la indiferencia se ha extendido a todo el país, que las naciones nos han traicionado y que nos hallamos más que nunca terriblemente solos, me pregunto si todo aquello merecía la pena ser intentado, si los que han muerto no fueron engañados. Pero Miguel tenía también indudables condiciones de jefe. En aquel momento éramos ya doscientos o trescientos. En un año estaríamos dispuestos. Aun en el caso de que los aliados siguieran sufriendo derrota tras derrota, podríamos intentar algo. Hasta entonces la suerte nos había favorecido. Ni una alarma, ni una detención. Bajo las órdenes de Miguel, en el ámbito de nuestra tela de araña circulaban consignas, propaganda, noticias de los guerrilleros, que resistían en las montañas y hostilizaban a la guardia civil. Las maniobras de los domingos, sobre todo, continuamente perfeccionadas y ampliadas, nos daban un dominio virtual de la situación en las propias narices de la Gestapo de gris.

A menudo, me asombraba de la exactitud de las indicaciones de Miguel: «Tal barrote falta en tal ventana. Elegid un hombre delgado para meterse por allí; comprobad las horas de trabajo en tal oficina. Id a pedir informes y levantar un plano entre la ventana y el acceso principal del edificio. Aseguraos de la colocación de los fusiles, con relación a la puerta, en el cuerpo de guardia de la comisaría de policía número X.».

En ese momento un hecho muy grave se produjo. Uno de los miembros de mi grupo, el más directo, un muchacho de dieciocho años, Jaime, fue detenido. Era el primero y tuvimos bastante miedo. Supe la noticia, no por mensaje cifrado, como estaba convencido, sino de viva voz. Diego, el íntimo amigo de Jaime vino a decírmelo a la oficina. Había que evitar el pánico. Después de haberle amonestado por su imprudencia, comuniqué los mensajes de rigor. La máquina se paró en seco. Me aislé como un pestífero para no

contaminar a mis compañeros. La cuestión estaba en saber si aún era tiempo. Las reuniones se suspendieron y a lo largo de la tela de araña se comunicó la consigna del silencio. Si la policía tenía espías, a un lado y otro, debió asombrarse de la rapidez y amplitud de las vibraciones que el asunto despertó. Mi grupo fue puesto en cuarentena. Los demás se abstuvieron de moverse por el momento. Hubiéramos querido saber si se trataba de una redada contra nosotros o de un acontecimiento aislado provocado por una palabra lanzada al aire o por una hoja de propaganda. Al cabo de seis días sacaron a Jaime de los calabozos de la Dirección de Seguridad, donde se le retuvo arbitrariamente a despecho de las garantías legales, para llevarlo a la cárcel bajo acusación de sabotaje y de ataque a mano armada. Murió una semana después, sin haber hablado.

Debo hacer constar aquí que Jaime tuvo la suerte relativa de ver durar tan poco su suplicio. A despecho de las leyes que exigen que los detenidos sean puestos a disposición del juez antes de las setenta y dos horas, es muy corriente que se les retenga un mes o más en las comisarías o en la Dirección de Seguridad, sometidos a diarios tormentos. El cuerpo diplomático acreditado en Madrid ha recogido pruebas abundantes de tales hechos y en casos especiales se vio obligado a hacer gestiones para poner freno a tan intolerables abusos. A medida que los gobiernos extranjeros nos abandonaban, los diplomáticos se inhibían de esta obligación moral y elemental y colaboraban con su pasividad en el montaje de una apariencia de justicia.

Sin duda alguna, habían husmeado algo. Si Jaime hubiese hablado, los daños hubieran sido grandes. El muchacho estaba muerto, pero el peligro no se había alejado. Diego fue citado a la Dirección de Seguridad. No sabía qué hacer y quería huir a la montaña. Pero Marga le dijo: «Si tuvieran pruebas hubieran venido a buscarte». En efecto, eran palos

de ciego. Era conocida su amistad con Jaime, se le interrogó durante dos horas, se le amenazó con hacerlo trizas, pero como no había el menor indicio de prueba se le libertó anunciándole que quedaba a disposición de la policía. Diego se mantuvo en dicha situación, pero no se le llamó más. Durante los dos meses de cura de reposo, traté de acordarme de que era joven. Mis traducciones me proporcionaban lo suficiente para vivir y aún guardaba un pequeño capital para ayudarme en una fuga eventual. Tenía muchas ganas de divertirme, pero desconfiaba enormemente de las mujeres. Llegamos a conocer el porqué de la detención de Jaime. Nuestro compañero era novio de una señorita de la que estaba ciegamente enamorado y a quien contaba todo. Por suerte él no había pronunciado nombre alguno.

La joven, que, por otra parte, era encantadora y aturdida como todas las jovencitas, hablaba a tontas y a locas. Uno puede suponerse las consecuencias. Queriendo ponderar a su novio había hablado de él como de un héroe. Es posible que dejara entender que era una de las figuras más destacadas de la resistencia. El hecho es que un falangista la oyó un día. Jaime fue vigilado y, luego, sorprendido en flagrante delito. Eso era todo. Pero de todas partes nos llegaban noticias parecidas. Las novias, los *flirts*, las amantes, después de haber roto, se enamoraban de un enemigo y nada les urgía tanto como contar lo que sabían, ora de buena fe, sin ver en ello nada de malo; ora por venganza. Por otra parte, es un hecho comprobado que las muchachas de un país en el que su educación está muy retrasada adoptan casi siempre el punto de vista político del hombre que aman. Ellas no tienen casi nunca ideas personales. En este caso hacía falta ser bastante perspicaz para no entregarse jamás a una mujer como ésas o, en la duda, no confiarse jamás. Esto es en extremo difícil para un enamorado, sobre todo, en las crisis de abatimiento o de desaliento.

Sin embargo, había dos jóvenes del grupo de Marga que me atraían particularmente: una de ellas María Luisa, educada en Francia; la otra Gloria, hija de una familia de intelectuales de vieja tradición liberal, muy conocida en los medios de la *intelligensia* española. Yo creía que por su educación podía confiar en ellas más que en las otras. Por otra parte, representaban el ideal que todas nuestras muchachas debieran alcanzar. Una educación sólida, una libertad espiritual sana y convicciones firmes. Gloria era con mucho la más guapa de las dos. No tardé en darme cuenta de que era demasiado bonita para mí. Yo era excesivamente concienzudo y muy poco audaz. Suministraba poquísimo alimento a su fantasía.

Con María Luisa me entendía mejor. Tenía esa delicada ternura, esa comprensión amistosa de las francesas. Trabajaba en una empresa de productos químicos. Yo iba a buscarla a la salida. En la acera esperaban una docena de muchachos, casi siempre los mismos y todos hacíamos lo posible para no tener un aire demasiado «pazguato». Llevaba a María Luisa al cine o al baile. Era verano. Un calor abrumador aplanaba como bajo un martillo pilón a la ciudad. Bien entendido, no se podía bailar más que al aire libre. Yo observaba que María Luisa se volvía cada vez más cariñosa, se apoyaba en mi brazo. Pronto tomamos la costumbre de besarnos antes de separarnos. Si llegué entonces a pensar en abandonar la lucha para vivir tranquila y mediocremente con una mujer que me quisiera no fue sino por un segundo. A pesar de la inactividad de nuestra organización, los comunicados del ejército clandestino nos llegaban con cierta irregularidad. También luego, en medio de la marea de indiferencia general, el ejército clandestino, resistió más tiempo que las organizaciones en las ciudades; aun después del abandono de España por las Naciones Unidas y todavía en el presente, algunos focos continúan la lucha. No son más que los sobrevivientes de diez años de lucha. El

miedo y la indiferencia han terminado por triunfar sobre todo lo demás. Pero ellos continuarán hasta no quedar ninguno.

Me producía un dulce placer besar a María. Sin ser bella le encontraba cierto encanto. Tenía un cuerpo apetitoso, piernas musculosas de deportista, pero no sin atractivo. Luenga cabellera flotante y ojos castaños bonitos, risueños, que podían parecer muy serios. Ella me ayudaba a fabricar primitivas granadas, con los productos de su laboratorio. Las elaborábamos en la cocina. Mis patrones, sin ser de nuestro clan, estaban afiliados al Partido Socialista y nos protegían. Inútil es decir que muchos de nuestros artefactos no explotaron. María vivía en una pensión de familia donde nadie se preocupaba de sus horas de salida ni de entrada, lo que le permitía venir frecuentemente a trabajar por la noche en la cocina. En el curso de nuestros dos meses de tregua, llegamos a fabricar no pocos artefactos de tal clase, que teníamos dispuestos para una acción futura. No era, seguramente, lo suficiente para ocasionar daños importantes, pero bastaban para mantener a las gentes en jaque y advertir a la población civil que la resistencia continuaba. El pueblo tenía necesidad de ello para no perder el coraje frente a las noticias tendenciosas, a los discursos, al hambre y al embrutecimiento.

Una noche María llegó a ser mía y por cierto tiempo me creí feliz. Uno se vuelve egoísta en estos casos, pero por suerte ni ella ni yo éramos propensos a entregarnos a unas relaciones estériles en detrimento de nuestra misión. Y no era por dureza de corazón. No es que pensáramos que era «burgués» amarse, esto hubiera sido ridículo; lo único que deseábamos era acabar lo más pronto posible y ante todo con la cuestión política. Volver a encontrar la radio de Miguel, las discusiones ante el plano de Madrid, la calma de Pedro y de Marga, las anécdotas de José sobre su tienda y las vendedoras, la buena voluntad taciturna y simpática de

Jorge y de Julio. Y, sobre todo, ver aumentar de día en día el número de los adheridos. Un año más y estaríamos preparados para el gran ataque, si toda iba bien, es decir, si los aliados ganaban la guerra, si éstos mantenían sus promesas y si no nos fusilaban a todos antes.

Pronto la tela de araña volvió a vibrar. En el centro Miguel empezó a dar de nuevo órdenes. Celebramos la primera reunión. Todo el mundo quería actuar y actuar de prisa. Estos primeros síntomas de impaciencia eran más bien malsanos. Revelaban que comenzábamos a estar hartos y más que hartos.

Y reemprendimos el trabajo.

3

LA LUCHA

OBRÁBAMOS con más prudencia que al principio, pues la alerta había sido alarmante. La distribución de propaganda quedó interrumpida por cierto tiempo y el empleo de nuestras granadas fue postergado. Aunque la situación mundial parecía desesperada, estábamos convencidos de la victoria final de los Aliados. Para creer esto no teníamos razón alguna lógica. Si había razones para tener esperanza —aislados del mundo democrático, salvo por el enlace de las emisiones clandestinas— la presión ejercida sobre el país nos la ocultaba. El gobierno jugaba ostensiblemente la carta alemana. No sólo se reclutaban, hasta en los cuarteles, voluntarios para Rusia, sino que las vacantes se completaban dando órdenes tan imperiosas a los recalcitrantes que por no aparecer como sospechosos se veían obligados a alistarse. En cuanto a los aviadores y a los técnicos militares de toda clase se les enviaba a los acantonamientos alemanes tan fácilmente como a una guarnición española, con el pretexto de una invitación del gobierno del Reich.

El puerto de El Ferrol, que se denomina ahora Ferrol del Caudillo, por ser la ciudad natal de Franco, había sido transformado en una base de submarinos alemanes. Allí se estacionaban permanentemente barcos-cisternas, y los piratas del Atlántico venían a abastecerse en ellos. Para ser justo hay que decir que, dado el carácter susceptible de todos los marinos del mundo, no eran raras las riñas entre marineros

españoles y alemanes. El gobierno tenía tal confianza en la victoria de los nazis que las tripulaciones alemanas no solamente descendían a tierra y pasaban en ella largas temporadas de reposo, sino que se dirigían de allí a Alemania con permiso y se incorporaban en España a sus unidades, como en territorio ocupado.

Eran alemanes los que tiraban con sus cañones contra los aviones ingleses perdidos en las cercanías de las costas españolas. Los oficiales eran recibidos, obsequiados por las familias fascistas y las señoritas de falange no tenían inconveniente en *flirtear* con los ocupantes. Esto no modifica en nada nuestra situación. Ser ocupados por Franco o por el ejército alemán era exactamente lo mismo. Uno se acordaba, por otra parte, que la invasión de Napoleón había comenzado así, hacía más de un siglo, pero la posibilidad de una acción directa de Alemania era cada día más improbable, gracias a la servilidad de nuestros dirigentes. Aun más tarde, cuando Serrano Suñer llegó a ser comprometedor por demasiado germanófilo, su sacrificio en el altar del oportunismo, no cambió en el fondo la política española. Agreguemos que dicho sacrificio fue bastante dulce, porque «el cuñado» (como Ciano en Italia era «el yerno»), había llenado bien sus bolsillos, lo que le permite, todavía hoy, llevar una vida de príncipe.

Por lo que se refiere a las noticias, uno de los dos diarios de la noche estaba a sueldo del enemigo: *Informaciones*, que nosotros titulábamos «*Informaciones Zeitung*», porque se había especializado en la deformación sistemática de las noticias ya deformadas por el control del Ministerio de Prensa y Propaganda. Su director, Víctor de la Serna, recibió, además de las subvenciones habituales, una magnífica propiedad, obsequio de la Embajada alemana. Y no era el único. La interpretación de los acontecimientos por «*Informaciones Zeitung*» —aunque nos producía a veces náuseas—

no dejaba de ser divertida a fuer de ridícula. Pero nada superó a la carcajada y al asco que sacudió al país entero cuando Franco, que hasta entonces no había osado exponerse a las miradas de sus víctimas, decidió hacer su primera excursión de propaganda por Andalucía.

El despliegue de policía y de guardias personales fue sensacional. Se llevaron de todas partes, lo que, en Madrid, nos vino bien. Las cárceles andaluzas se abarrotaron más que el Metro (Subterráneo), en las horas de afluencia. Detuvieron a todos los sospechosos. Todas las casas del recorrido fueron registradas. Me acordé de la reflexión que había oído en el cine un día en que veíamos al rey de Inglaterra: «Pero ¿dónde está la policía? Van a matarlo, no hay nadie que lo proteja»… (naturalmente esto ocurría, después de la victoria de los aliados, porque, durante el período desgraciado, las actualidades inglesas estaban prohibidas… salvo en la Embajada británica). Nuestro pueblo ha perdido de tal modo el sentido de la realidad, que muchas gentes simples creen que un jefe de Estado está destinado a ser asesinado y que, por lo tanto, debe vivir continuamente protegido por una barrera de guardias armados hasta los dientes.

Durante su viaje a Andalucía, Franco arrojó la máscara. En los discursos que pronunció primero en Sevilla y después en Almería, insultó groseramente a Inglaterra y a América, a quienes acusó de enemigos de la civilización en general y de España en particular. Pero su frase más declamatoria y que todos los periódicos subrayaron al día siguiente, era un desafío a los enemigos del Reich.

«Si por desgracia —dijo— Alemania corriera el riesgo de perder la guerra, nosotros tenemos un millón de españoles para defender Berlín». Esta ridícula baladronada, en un hombre que acababa de jugar su suerte a la victoria alemana y juraba estar seguro de ella, recordaba la entrada en la guerra de Italia, volando en socorro de la Alemania victorio-

sa en junio de 1940. Por lo demás, nosotros estábamos convencidos y ciertos que esa farsa costaría al país una humillación más. En efecto, nada le urgió tanto a Franco en el momento de los reveses, como retirar el resto de los voluntarios o pseudovoluntarios que luchaban en las filas alemanas. A pesar de todo, nosotros estábamos encantados. Nos decíamos: «Inglaterra no es frágil de memoria».

Después de tal discurso, parecería que se nos hubiera dado la llave de nuestra prisión. La puerta estaba aún cerrada, sólo dependía de nuestra paciencia el abrirla. Pero Inglaterra olvidó. Olvidó que Serrano Suñer insultó a su embajador. Olvidó que se apedrearon las ventanas de su embajada, que los fascistas hicieron todo lo posible para asaltar Gibraltar, que se publicaron panfletos manchando su reputación. América olvidó también que la palabra «*Yankee*» era el insulto de moda; que un profesor llegó a decir en la cátedra y lo repitieron hasta la saciedad todos los hombres importantes del país:

«América es un territorio de salvajes». «¿Cómo se puede confiar en los descendientes de los Pieles Rojas que todavía ponen los pies sobre las mesas?». América olvidó igualmente que el Ministerio de Estado envió a los japoneses un telegrama de felicitación por su conquista de Manila.

He ahí cuál era el tono general. No obstante, hasta Stalingrado debimos actuar en tal ambiente. Habíamos empezado una seria campaña para luchar a la vez contra el miedo y contra los abusos. Y también, se comprende, para atraernos nuevas adhesiones. El grupo de José, que, hasta el momento, había sido bastante tranquilo, se destapó con una acción magnífica y no menos peligrosa, de una audacia fantástica. Después de dos días de preparación y de maniobras silenciosas cinco miembros del grupo de José distribuyeron propaganda en pleno día en la Universidad. Fue algo inverosímil. Mezclados individualmente entre la multitud de estu-

diantes, pendientes del reloj, la cartera llena de propaganda, debieron pasar unos segundos espantosos. Nadie se explicaba cómo salieron bien. A la hora señalada, los cinco empezaron a andar por un pasillo, distribuyendo la propaganda plegada a derecha e izquierda. Los estudiantes no la rehusaron porque creían que eran hojas de Falange; mientras las desdoblaban perezosamente, las miraban y se reponían de su sorpresa, el que las había distribuido había doblado la esquina del pasillo, entrando en el sector en que acababa de operar otro camarada. En treinta segundos la Universidad estaba inundada. Los autores de esta hazaña volvieron todos sanos y salvos. José rebosaba de júbilo, pero Miguel prohibió severamente que se realizara otra empresa de tal envergadura. Los falangistas estaban rabiosos. Esa distribución de hojas de propaganda fue ciertamente una de las operaciones más fructuosas. Los indecisos se dieron cuenta bruscamente de que nuestros hombres, a la luz del día, en las barbas de la Falange, habían podido circular y escapar sin daño. Lo que quería decir, en otros términos, que muchos estudiantes no quisieron *verdaderamente* reaccionar. En tal caso, la fuerza de Falange había sido valorada exageradamente.

El número de estudiantes que se incorporaron aquel mes a las formaciones clandestinas duplicó. Todo el mundo hablaba de la FUE, que alcanzó gran renombre a consecuencia de dicho asunto, nosotros apreciábamos mucho a estos jóvenes apasionados, de una imprudencia infantil y de una lealtad tan generosa que les costó su libertad. Por mi cuenta, cuando tomaba parte en operaciones de este género llevaba en el bolsillo una ampolla con una fuerte dosis de veneno para tomar. No hacía mucho tiempo que la tenía y me creía propietario de un tesoro. Ello me había costado afrontar sin paliativos un fuerte dolor de muelas, que soporté mordiendo pañuelos y acumulando las recetas. Ahora era dueño de mi vida. Si era sorprendido no tendría que sopor-

tar torturas en los calabozos de la Dirección de Seguridad. Marisa me había dado una tableta de mercurio blanco robada en su laboratorio, pero no la llevaba conmigo. El otro veneno, sí, lo había ganado con mi sufrimiento. Tenía la impresión de que gracias a esto no podría acusarme de cobardía. Abreviaba sencillamente un fin largo y doloroso. Para nosotros no había salvación. El que era detenido con propaganda o armas era acusado de rebelión a la justicia militar, después de haber sido torturado en los calabozos de la «Gestapo» falangista. El reglamento, naturalmente, prohibía la vía de hechos. Por lo tanto, para evitar reclamaciones no se liberaba a los inocentes, sino después de cierto tiempo para que las marcas de los malos tratos desaparecieran. Mientras esto llegaba, el inocente permanecía entre rejas. Calcúlese el tiempo que necesita para curar, por ejemplo, un culatazo de fusil en pleno rostro. Se comprenderá que esto ocurría solamente en los casos en que el acusado tenía relaciones que se preocupaban de él. Un infeliz desconocido era golpeado hasta que confesaba cualquier cosa. No sin fundamento se nos hablaba a lo largo de los días de un renacimiento escolástico y de la superioridad de la Edad Media sobre la época moderna. La justicia se hacía medieval y aplicaba la tortura con entusiasmo. Hacía falta arreglárselas para no caer vivo en sus manos.

La instrucción de los procesos era confiada, por consiguiente, a la Justicia militar. Esto quería decir que el acusado no tenía derecho a defenderse. Asistía a la audiencia, pero sin más recurso que negar los hechos que se le imputaban. La defensa la llevaba un oficial nombrado de oficio que no sabía una palabra de derecho o que si conocía algo lo disimulaba prudentemente. La mayoría de las veces, el oficial así designado, bien por no comprometerse con una defensa demasiado calurosa, bien por no crearse complicaciones, se limitaba a decir que estaba de acuerdo con las conclusiones del fiscal y que solicitaba la indulgencia del juez. Los defen-

sores que no aceptaban este régimen de justicia y cumplían su deber con cierta honestidad desaparecían de la lista o eran perseguidos. Después de esto, el culpable era condenado a la pena de muerte. Más tarde, cuando los procesos (últimamente) fueron menos sanguinarios, se condenaba a la gente no por rebelión, sino por violación de un artículo del código penal. Así en el juicio de los miembros de la FUE, aunque el fiscal pidió como pena más fuerte la de cuatro años por ocultación de propaganda, el juez los condenó a prisión más larga por actividades subversivas. Era difícil encontrar algo serio en una justicia de este tipo en la que los acusados están a merced del juez, la acusación no sirve más que de consejero gratuito, el defensor por sistema no entiende una palabra y, por añadidura, tiene miedo.

Por otra parte, la Iglesia era entonces tan poderosa y los espíritus se hallaban de tal modo atemorizados que se producían corrientemente hechos como éste. Un hombre es acusado de haber asesinado, robado y destrozado en una iglesia una estatuilla de un santo. Se demuestra la falsedad de la acusación de robo y asesinato. Los testigos sólo se ponen de acuerdo para decir que vieron al hombre romper la escultura en un acceso de ateísmo iconoclasta. El acusado fue condenado a muerte.

Lo que en estas condenas hiere la imaginación no es tanto su horror como su absurdidad. Se sobreentiende que era necesario contar con la corrupción general. Los jueces civiles, obligados a vivir con un sueldo miserable, se vendían, ellos y sus sentencias, al mejor postor. Era del dominio público el hecho de que los abogados del partido y los clientes ricos ganaban todos los pleitos. En lo contencioso ocurría lo mismo. Todas las querellas contra la injusticia del Estado, del partido y de las administraciones eran sobreseídas. Por el contrario, los poderosos, aun sin tener injusticia que reprochar, obtenían indemnizaciones fabulosas por expropia-

ciones o daños que no habían sufrido. España era entonces y lo es todavía, una verdadera ratonera. Aquel que se deja atrapar en ella tiene su vida rota.

Para los jóvenes como nosotros la situación era muy dura. Mis traducciones, por el momento, me ponían al abrigo de la necesidad. Miguel encontraba en María-Rosa un derivativo a sus preocupaciones y una razón para no cometer demasiadas imprudencias. En todos los casos mostraba la misma audacia jovial, que le había empujado hacia mí, cuando yo lustraba zapatos y vendía cigarrillos en el mercado negro a la puerta de la Universidad. La misma espontaneidad decidida le había unido para toda la vida a María-Rosa. Ésta temblaba por él, pero revelaba un valor admirable. Solamente a mí confesaba sus temores y las riñas pasajeras que tenía con mi amigo. Miguel también se encontraba en serias dificultades. Con los estudios terminados, obligado a devorar la herencia paterna, que consagraba a la causa, no encontraba sino empleos miserables como el mío, que no le permitían subvenir a las necesidades de la organización y no prometían ningún porvenir.

Aquel que no quería venderse estaba condenado a morir de hambre o más bien a vivir en el hambre. Así la capacidad combativa —se pensaba— disminuía; por el contrario, para vivir confortablemente bastaba con entrar en el partido oficial o mejor todavía en el *Opus Dei*, especie de francmasonería blanca, que no tenía los puntos de vista idealistas de la verdadera masonería, aunque adoptara su estructura. Su fin era afirmar la autoridad del papa y conceder prebendas bajo la benévola protección de la Iglesia.

Otro medio de llegar era el robo organizado, a condición de interesar a un ministro en el asunto. No solamente los dos hombres más considerados eran contrabandistas notorios a sueldo del Ministerio de Comercio, sino que existían gran número de aventureros sin escrúpulos que no vacilaban an-

te el asesinato. En esta época se amasó una de las grandes fortunas de Madrid. Un pequeño agente de seguros estableció una póliza elevada por un vaporcito, que hizo hundir. El director de seguros, el agente y el dueño de la nave se repartieron una fuerte suma. Se olvidaron de meter en la combinación a cuatro marineros, que no tuvieron tiempo de salvarse. Pero el modesto agente disfruta hoy de un harén secreto, como está de moda entre los multimillonarios del mercado negro, y come tres veces por semana con algún ministro. El dinero del barco le sirvió para comprar un ministro, luego, con los beneficios, otro, etc. Todo Madrid lo sabe y la cuarta parte de Madrid lo saluda.

Hacia esa época la ofensiva de las granadas empezó seriamente. Nuestras pobres granadas domésticas hacían más ruido que daño, pero bastaban para que si nos detenían, nos arreglaran la cuenta sin decir ni pío. Fue un gran alboroto. Estallaron bombas en todos los rincones. Todos los partidos, todas las facciones rivalizaban entre ellos. No quedó un centro de Falange sin recibir la suya. De las puertas y ventanas desvencijadas por las explosiones surgían, con los brazos desnudos, los diablos asesinos de camisa azul. Desgraciadamente, teníamos que evitar el contraataque de la Gestapo; sin tener tiempo de hacer justicia, desaparecíamos. Pedro y los suyos eran especialmente expertos en esta especie de deporte que nos ocupó un año, en el transcurso del cual bastantes de los nuestros perecieron gloriosamente en tal servicio. Era necesario; en todas partes la moral se iba a pique.

Frente a una opinión amedrentada y a una Gestapo ebria de rabia, era agotador para nosotros el tener que sostener constantemente el espíritu de resistencia con peligro de nuestra vida y a fuerza de puños. No nos dedicábamos sólo a lanzar propaganda y bombas. Reproducíamos también nuestros comunicados para la transmisión. De esto se en-

cargaba particularmente el grupo director, Miguel, Marga, José, etc. Para no conservar nada en el domicilio, en caso de registros, habíamos instalado nuestro cuartel general en una de las numerosas casas en ruina que la guerra había dejado en las cercanías de Madrid. No se hallaba a más de veinte minutos a pie del Metro más próximo, a pesar de estar aislada; allí nos considerábamos menos comprometidos en caso de una pesquisa y mejor preparados para hacer frente a un ataque a mano armada. Tales precauciones fueron muy útiles. Una noche estábamos allí cinco. Antes de empezar el trabajo, Miguel comentaba en voz alta la situación general y el comunicado. Gloria estaba de guardia y vigilaba fuera. Empleábamos generalmente a las muchachas para las vigilancias que comportaban serios peligros.

Gloria entró agitada: «La casa está vigilada, hay dos patrullas a la vista». Miguel de un gesto apagó la lámpara de carburo. No había duda, se nos había seguido, descubierto y las gentes de la Gestapo esperaban la llegada de fuerzas más numerosas para dar el asalto. Gloria exageraba. Las dos patrullas se reducían a dos parejas. No teníamos más que dos pistolas, con doce balas en total. Pedro cogió una y Miguel la otra.

Los demás debíamos correr hacia la ciudad inmediatamente después de las detonaciones. Miguel y Pedro salieron.

Se arrastraron por el suelo y los perdimos de vista. Aquello duró un eterno minuto.

Las muchachas jadeaban.

Marga puso su mano sobre la mía sin que yo me diera cuenta. Al día siguiente, me vi cuatro heridas en forma de uña. Dos disparos, en seguida otro a la izquierda, Miguel tiraba y corría en campo abierto. Una verdadera fusilería a la derecha. Y Pedro salió corriendo a su vez. Corrimos todos. Dos minutos más tarde, yo preguntaba:

—¿Dónde está Miguel?

—Miguel no está.

—Seguid, voy a ver.

—Estás loco.

—Continuad, he ahí la Gestapo que llega.

Siguieron. Yo retrocedí. Antes de que Pedro tirase, uno de los de la derecha había debido de herir a Miguel que huía. Por eso la fusilería. Vi una forma que vacilaba. Lo agarré y pasé uno de sus brazos por mis espaldas. Rehíce el camino. Miguel tropezaba. Gritos. Faros. Nos tumbamos boca abajo; unos cincuenta hombres corrían hacia la casa, la pasaron. Nosotros nos levantamos y salimos corriendo. Yo arrastraba a Miguel, lo hostigaba, lo insultaba. Llegamos a la ciudad. Ni taxi, ni metro. Un auto parado. ¿Qué hacer? Lo robo. Un culatazo con la pistola y rompo el cristal, paso la mano y abro la puerta por dentro. Arrojo a Miguel al interior y monto. Otro inconveniente. La llave del contacto. En ese preciso momento el dueño del coche salía de un porche (supuse enseguida que se despedía de alguien en la puerta cochera). Le amenacé con la pistola. «La Gestapo nos persigue. Llévenos o le salto la tapa de los sesos». Arrancamos.

—¿Qué le ocurre al amigo?

—Herido.

Poco después dijo:

—Supongo, si son ustedes detenidos, que puedo contar con su discreción, como pueden ustedes contar con la mía. ¿Dónde los llevo?

Yo no podía consentir que Miguel volviera a su casa solo. Por lo tanto, di una dirección próxima a la casa de María-Rosa. El buen hombre murmuró:

—¿Cómo explicaré al seguro lo del vidrio? Y después nos dejó.

Cuando partió, conseguí arrastrar a Miguel hasta la casa de María-Rosa, de la cual guardaba una llave para refugiarse en circunstancias como esta. Subimos, pues; yo arrastrándole y él pálido como el papel. Desperté a María-Rosa. Conocía el departamento y el dormitorio. Salió en camisón, con la bata en la mano, tan pálida como Miguel, a quien yo había dejado sobre la alfombra. No sabíamos qué hacer.

María-Rosa era valiente. No lloró, no se desvaneció. Aun antes de ponerse la bata calentó agua en la cocina y volvió con vendas y medicamentos. Con dificultad coloqué a Miguel en la cama. Yo no podía más. Ella me dijo que podía dormir en la alfombra con una manta, pero como yo prefería volver a mi casa, me saludó con una encantadora sonrisa y, en el momento de marcharme, puso sus manos sobre mis espaldas y me dio un ligero beso en el ángulo de los labios.

«Gracias», dijo, y después, cambiando de tono: «Ahora, márchate de prisa».

Este asunto nos costó la pérdida del local, de la máquina de escribir y de numerosos papeles ya redactados. Sin contar con que Miguel tardó casi un mes en reponerse y que las cosas sin él marchaban mal.

Pedro no se consolaba de no haber disparado más deprisa, pero no se hallaba en posición. Antes de abatir a los dos hombres tuvo que vaciar el cargador.

Por lo demás, no hubo nada que lamentar. No fuimos identificados. Esta historia nos calmó mucho y nos hizo redoblar las precauciones. El país entraba en una fase de pasividad que ha sido muy bien descrita en la famosa novela *Nada*, de Carmen Laforet, publicada más tarde. *Nada*…, el título es revelador. Vivíamos una época huera. Muchos jóvenes intelectuales volvían la espalda a los problemas de actualidad y

trataban de olvidarlos con una frivolidad rebuscada. La mayor parte, sin darse acaso cuenta de las causas de su inquietud, vivían envueltos en extraño malestar. Toda la novela *Nada* baña en ese carácter confuso a gentes que comienzan a resignarse y que, como los bravos rusos de Dostolevski, no se atreven a tomar partido contra el opresor, pero se consideran humillados, vejados. Los intelectuales más inteligentes, como la autora de *Nada*, que se pinta en primer plano, o algunos de sus personajes, se refugian en una excitación mórbida, malsana. No sólo por azar han sido señaladas las coincidencias de esta novela con la literatura rusa anterior a la revolución. La única influencia es la del medio, pero coincide perfectamente con aquel en que se debatía Dostoievski. Una sorda angustia vibra en el aire y guarda todavía, como un cielo tormentoso, los ecos de las ejecuciones.

Esa *Nada*, esa psicosis de la nada, del abandono, esa alucinación colectiva que los intelectuales muertos de hambre sacaban de sus sufrimientos, he ahí el verdadero carácter de la vida en España bajo el fascismo. Pero esto no lo veían los extranjeros. Les enseñaban el único Instituto de segunda enseñanza decente de Madrid y se extasiaban. Creían que los demás eran parecidos, pero no había otros. Exportábamos todo lo que podíamos para atraernos la benevolencia del Bloque Occidental, pero en el país no quedaba nada para que comieran aquellos que no podían pagar los precios del mercado negro. El almuerzo de un albañil consistía ordinariamente en una sopa de garbanzos. Un joven fascista a quien le hice observar ese hecho, respondió: «No importa, son animales». Nada en el espíritu y nada en el plato, tal es la situación de la España de Franco. Desgraciadamente la «nada» a la que han sido condenados todos nuestros esfuerzos hasta el presente, la nada hacia la cual nos precipitamos, con la cabeza baja, cada día más, no está cerca del fin y no sabemos cuándo saldremos de ella.

4

PRIMER DESASTRE

SOMOS los últimos vestigios de la *intelligensia* europea. Creíamos generosamente que el espíritu podía revolucionar el mundo, y eso no es cierto. No es verdad en absoluto.

Frente a las bayonetas, ¿qué puede hacer la inteligencia? No somos dioses, ni genios, sino simplemente muchachos y muchachas plenos de actividad y de entusiasmo. Creíamos en la libertad y en el poder de la palabra para contribuir al advenimiento de un mundo mejor. Muchos de los nuestros han muerto ya en los calabozos, por una Gestapo cualquiera, después de atroces sufrimientos. Se les torturó para hacerles confesar. ¿Qué? No teníamos armas. Nos lanzamos adelante con palabras y con la pluma. Ahora pienso en Elvira. Sé que la suerte de Marisa y de Gloria fue peor. Marisa, que era fea, fue violada lo mismo que Gloria, que era guapa. Y luego las fusilaron con toda su vergüenza, sin volver a ver el día, sin divisar la aurora, en el curso mismo de aquella noche sin sábanas, de aquella noche de duras mantas raídas y rugosas que manchan y no abrigan. Aquella noche que debió de cubrir de placas rojas el cuerpo delicioso y blanco de Gloria. No pienso en ambas en este momento, pienso en Elvira. Cuando ya estaba hondamente asqueada de todo, se casó con un rechoncho, calvo, muy rico, que poseía fábricas y que, sin exponerse, había hecho mucho en pro de la victoria de los partidos de derecha, porque ello le parecía más seguro y sin peligro para después. Dio un poco de dinero para sus obreros y lo divulgó por todas partes. Elvira era hermosa. En la Facultad de Derecho había

hecho los cursos brillantemente. Se especializó en economía política. Hablaba siempre de grandes proyectos, de grandes reformas. Ahora, silenciosa, frente a una sociedad muda, vive en Tarrasa o tal vez en Sabadell. Su marido se ha casado con ella por su educación y porque es una mujer admirable para la cama. Yo me pregunto cómo pueden acostarse juntos. Se sobreentiende que ella lo desprecia, pero se desprecia también a sí misma, y esto es atroz. Un día los vi en un viaje que hicieron a Madrid. Él desconfía de los antiguos amigos de su mujer. Cuando ella se detuvo para hablarme, brillaron su ojos. Estaba contenta de verme. Yo también sentí alegría. Él, el señor, el amo, no se dignó mirarme; entonces, no sabiendo qué decirnos, nos separamos. En aquel momento ella tenía tantas ganas de llorar que me pareció vieja y fea. Estaba seguro que no volvería a ver a Elvira, o en todo caso yo cambiaría de acera o ella fingiría mirar hacia otra parte.

Los ricos nos desprecian, porque nos morimos de hambre. Dicen de mí: «Es una especie de intelectual, incapaz de ahorrar unos céntimos, anda a la cuarta pregunta a fin de mes». Es verdad. No poseo esos magníficos coches americanos necesarios para ser apreciado. A pesar de todo, las muchachas me quieren, mis compañeros me estiman; pero no puedo escribir. Lo que debo decir está pasado de moda. Por lo tanto, ¿qué queréis que haga? ¿Dedicarme a rasguñar papel en una oficina, sin preocuparme de otra cosa? No se tiene un título de universitario para devenir cagatintas. Entonces, sueño. Sueño con una catástrofe en la que reventaré con los demás, en la que reventamos todos juntos, ¿qué otra cosa queréis que haga? La revolución para mí sería el medio de ser, pues no soy nada. De pensar sobre material nuevo. De obrar en lugar de cansarme en recorrer los editores para trabajos que creo tan ineficaces, tan anticuados que me río cuando pienso en ellos. Y, sin embargo, hay que conservar la esperanza, conservarla siempre. Mi-

guel tiene razón, pero es duro, y cada día más difícil.

Lamento haberme dejado llevar. Pero se tendría una falsa idea de nosotros si se creyera que esquivamos también el recuerdo. Odio todo sentimentalismo beatífico. Pero puesto que he decidido escribir y haceros comprender todo, es necesario que sepáis que no somos gladiadores. Somos hombres. Hombres infinitamente cansados, enormemente desesperados por esta lucha inútil.

Reivindicamos, también, nuestro derecho a la juventud, a la aventura. Una de las cosas que me parecen más descorazonadoras, es que el tiempo pasa, y nada ocurre. Voy a alcanzar la edad madura y no tendré recuerdos luminosos.

Luchar siempre, batirse, cuchichear. Pienso en los jóvenes de otros países. Fueron a la guerra, perfectamente. Pero cuando volvieron encontraron flores a su paso y a su alrededor las sonrisas de las jóvenes. Les dieron condecoraciones. Había en el aire rumores de banderas. Los nuestros caen en silencio. No hay para ellos ni monumentos, ni banderas.

Ahora bien, os digo a todos: «Si os hacéis cómplices de vuestros gobiernos no merecéis nada, ni vuestras medallas, ni las flores, ni las sonrisas de las muchachas. No ganasteis la guerra si luchasteis por un mundo mejor y más justo y permitís lo que pasa aquí. Fuisteis, como los soldados de otras guerras, a recoger flores y condecoraciones. Era peligroso; conformes. Pero era un deporte. No es verdad que habéis luchado por ideas. Al partir mentisteis. Mentisteis en el frente, mentisteis en la retaguardia. Habrá que preguntarse si vuestros muertos murieron por algo serio».

En fin, puesto que nos habéis renegado, vuelvo a mi historia. Acaso terminaréis comprendiéndome. Comenzabais a ganar vuestra guerra, Aquel entusiasmo era admirable. Se cuchicheaban las noticias. Nos estrechábamos las manos,

nos abordábamos con los rostros rebosantes de felicidad. Los más ingenuos se imaginaban que Franco se suicidaría el día de la victoria. Pienso en ello ahora. Efectivamente, el día de la victoria, un cortesano imbécil, tuvo el cinismo de decir a Franco: «Hasta hoy vos erais el tercer *Führer*. Ahora, derrotados Mussolini y Hitler, sois el primero».

Una ola de confianza se extendió por el país con las victorias aliadas. Pero no era la hermosa confianza guerrera que nos había sostenido. Era un abandono. No teníamos que tener más miedo, no teníamos necesidad de arriesgarlo todo, la victoria estaba asegurada. Esta confianza pasiva dio lugar a muchas imprudencias. El gobierno se aprovechó ferozmente de ellas. No era el momento de dejar que los republicanos utilizaran a su gusto las circunstancias. El terror aumentó. Rápidamente se decretó el estado de sitio, pero, a pesar de todo, esto ocurrió un poco más tarde. Nosotros trabajábamos más que nunca. El grupo se componía de 800 a 900 adheridos. Estaríamos dispuestos el gran día.

Desde luego, era Miguel el que realizaba el trabajo más duro. La Universidad se cerraba más y más para las buenas voluntades. Allí se encontraban gran número de inútiles cuyos padres enriquecidos querían hacer de ellos intelectuales. Era lo mismo que poner una mitra a un gato. En los pasillos de la Universidad se hablaba exclusivamente de fútbol, de mujeres y de cine. Ninguna inquietud intelectual turbaba la vida de aquellos seres ignaros. Los mejores, los que se daban cuenta de su nulidad sustituían la ciencia con la pedantería. Plagiaban de cabo a rabo las obras extranjeras para sus trabajos científicos, no hablaban sino con citas. Un argumento se defendía únicamente por el número de autores que lo sostenían y por su nombre. Procedimiento eminentemente escolástico y consecuencia lógica de una educación a base de tomismo. No se me creerá si añado que afirmar la superioridad de Bergson o de Einstein, de Descar-

tes o de Kant o de cualquier otro sobre los escolásticos producía en aquellos pobres diablos una estupefacción desmesurada. No habían oído hablar de los aludidos filósofos más que a profesores tendenciosos y siempre con referencia al *catolicismo español*. Un hecho particularmente notable: los raros revolucionarios no lo eran, sino por tradición familiar, mientras que en todas partes lo han sido contra y a pesar de su educación.

Miguel, exponiendo veinte veces por día sus opiniones, conseguía pasar por un original poco peligroso, sin gran eficacia. Al menos sin éxito digno de sus esfuerzos. Los medios burocráticos, donde evolucionábamos Marga y yo, estaban cien veces mejor dispuestos a aceptar nuestras consignas.

Julio y los otros tenían libertad de movimientos. En efecto, en los medios obreros, los soplones eran demasiado visibles. Y bien conocidas las opiniones de cada uno. Pero las imprudencias eran múltiples. Tres veces estuvimos paralizados por las redadas procedentes del subgrupo de Pedro. En la tercera, fue detenido Julio y ello fue una gran pérdida. Estos accidentes nos obligaban a meses de inacción y nos constreñían a volver a comenzar a menudo. No solamente porque los elementos desaparecidos eran en general los más decididos, sino porque por contrachoque otros abandonaban la partida. No era divertido disimular continuamente sus opiniones, tener siempre algo que ocultar, vivir bajo el peligro de un arresto inminente. He aquí por qué no avanzáramos deprisa. Uno no podía escribir siempre en casa. A menudo lo hacía en el café. Si un amigo se acercaba, crispaba los nervios el tener que disimular lo que uno escribía, y había que hacerlo con habilidad para evitar sospechas. También crispaba los nervios la necesidad de cuidar cuando uno hablaba de que nadie escuchara y cambiar de conversación cuando pasaba cualquiera. Es un esfuerzo inútil es-

tar lleno de entusiasmo un día, otro día, meses, años; ello desgasta todos los caracteres. No podíamos dejar de excusar a los que abandonaban la partida.

Me acuerdo de la muerte de Roosevelt. Yo estaba escribiendo en un café. Preocupado, como de costumbre, con una angustia que, buena compañera, no me abandonaba casi nunca desde hacía tiempo. Había frente a mí una joven. Me acuerdo de todo. Tenía unas bonitas piernas, que yo miraba desviando los ojos de mi trabajo. Era una simpática muchacha, buena compañera, pero sospechosa de simpatía por el otro bando. Un amigo se acercó. Como otras veces, deslicé sobre la hoja en que escribía el libro abierto, dispuesto con ese objeto en la mesa. No intentó leer. Dijo únicamente: «Roosevelt ha muerto».

En el primer momento no lo creí. No podía creer tal cosa. Nosotros no contábamos con Churchill. El inglés es ante todo inglés, es decir, un conservador. Churchill tenía miedo de las consecuencias. Para él nosotros éramos rojos, nada más. Esto bastaba, según él, para hacernos solidarios de los ataques que iba a sufrir inmediatamente por parte de los laboristas.

Pero Roosevelt…

El heredero espiritual de Wilson. Un Wilson activo, decidido, enérgico, tan generoso y realista. El hombre que había ganado la guerra. Y que la ganaba como la entendía. Con un sentido y para fines tales que todo cambio en la máquina falsearía los rumbos, nos lanzaría hacia una nueva guerra, sabotearía la paz. ¿Qué? Sin Roosevelt la paz no sería más que un armisticio. Roosevelt no podía morir. Y, sin embargo, era cierto. Lo increíble había ocurrido. Ahora, cuando pienso en ello, vuelvo a ver las bonitas pantorrillas con medias de seda de la muchacha de las convicciones sospechosas. Siento en mi garganta y en mi pecho mi vieja compañera: la angustia. Y, una vez más, la sensación de que es inútil, de

que todo es inútil, de que el destino nos quiere mal. Roosevelt, él, no nos hubiera abandonado. Todo se conjuraba contra nosotros. Y ahora estamos todavía terrible, increíblemente solos. Y, sin embargo, todo no estaba perdido. La guerra continuaba. Miguel imperturbable desafiaba la tormenta. En los peores momentos, en plena redada, aseguraba los enlaces, iba personalmente de grupo en grupo, se daba a conocer. Arriesgaba su vida, pero gracias a él todo continuaba. Se tapaban los agujeros hechos por las deserciones y los encarcelamientos. El reclutamiento era cada día más difícil. El miedo invadía gradualmente a todos. Cuanto más cierta era la victoria de los Aliados, tanta más gente quería tener la policía entre rejas ese día. Coincidió, también, con la muerte de Roosevelt la invasión en masa de falangistas armados en los barrios obreros con el propósito de sembrar el terror.

El incidente se inició con el asalto al centro de la Falange de Cuatro Caminos. Después de breve lucha, la guardia del centro fue muerta y los asaltantes se llevaron los preciosos archivos con las fichas secretas, las denuncias y otros papeles de gran interés. El gobierno decidió entonces obrar con el terror. Varios días después todos los falangistas (es decir, declaraban ingenuamente los diarios, 200.000 hombres, en una ciudad que sobrepasa el millón, sin descontar la exageración oficial) fueron convocados para reunirse armados en el centro de la capital. Por orden superior se cerraron los comercios, colegios, oficinas; todo permanecía clausurado para dar la impresión de miedo y para que los esbirros estuviesen libres. Luego, la columna se dirigió, voceando provocaciones, hacia el barrio obrero de las Ventas. Una vez allí, se ordenó el ataque como a una tropa de mercenarios en una ciudad conquistada. El barrio fue invadido por sorpresa. Nadie lo esperaba. A todo hombre sorprendido en la calle sin camisa azul se le detuvo amenazándole con las pistolas y se le golpeó sistemáticamente a puñetazos. Al cabo de

media hora, no quedaba un civil en la calle. Entonces aquellos salvajes, no contentos con someter al barrio al estado de sitio, obligaron a abrir las puertas de las casas «en nombre de la ley» (¿de qué ley?) o a romperlas, y las brutales escenas continuaron en el interior. Ya avanzada la noche, los menos excitados se retiraron, pero el barrio permaneció sitiado hasta el día siguiente. La policía, no hay que dudarlo, colaboró en la acción todo lo posible.

Si esa demostración de terror dejó un profundo rencor, no es menos cierto que las consecuencias fueron desastrosas. En efecto, aquellos que tenían armas organizaron grupos de acción, pero, como eran poco numerosos, ello entraba en los planes del gobierno. Miguel fue bastante prudente y nos impidió todo movimiento. La inferioridad numérica era tal que, a pesar de todo el valor desplegado por los sublevados, en el transcurso de dos semanas de luchas nocturnas entre patrullas de los dos bandos, perdimos gran parte de nuestras escasas armas. La única satisfacción moral fue lograr izar y defender en dos ocasiones y durante toda una noche la bandera republicana en posiciones improvisadas. Estos esfuerzos dispersos, sin cohesión, sin una verdadera preparación y sin jefe tenían que fracasar. Las acciones de propaganda a las cuales nos dedicamos inmediatamente con intensidad, sobre todo por medio de las granadas domésticas, borraron difícilmente esa terrible impresión.

Pero verdaderamente teníamos mala suerte. Después de la desaparición de Julio ocurrió algo peor todavía. Algo que voy a intentar referir fríamente. No hay nada que hacer, aunque sienta, aún hoy, como una paliza sobre mi pecho, cuando pienso en ello. No hay nada que hacer. Es así. Marga, Gloria y Marisa fueron detenidas a causa de una denuncia.

Es preciso que me detenga un momento para reflexionar. ¿Cómo contar un hecho que nos sumió en tan profunda tris-

teza? Veamos cómo ocurrió: tenía yo una cita con Marga en un café para presentarle una jovencita que había reclutado para su grupo. Era la tarde de un sábado. Ese día yo no trabajaba en la oficina. Tenía que llevar a la joven a un café del centro, entre tres y media y cuatro. Marga vendría a buscarnos. A las cuatro menos veinticinco estábamos allí. La pequeña estaba un poco nerviosa. Yo la tranquilicé lo mejor que pude. Por lo demás, estaba completamente decidida. No obstante, cuando por primera vez se coloca uno fuera de la ley, se vive un momento que queda grabado en nuestra existencia. Tomamos un café y tratamos de hablar de otra cosa. A las cuatro menos diez como Marga no se había presentado todavía, dije: «Ya no puede tardar». Lo que prueba que, a pesar de los conceptos superficiales que cambiamos sobre no sé qué libro, estábamos nerviosos. Sin querer, miraba continuamente hacia la puerta y, como estaba mal colocado, me veía obligado a volver la cabeza. Yo me pregunté, después, por qué estaba tan ansioso ese día. No creo en los presentimientos. Era, tal vez, porque Marga era siempre muy puntual.

A las cuatro nos levantamos. El camarero no tenía cambio. Tuvo que ir a buscarlo. Con esto perdimos cinco minutos en el curso de los cuales, mi convencimiento se reforzó. Al salir del café, dije a la jovencita: «Vete por un lado, yo me voy por el otro. Ya te telefonearé. Algo grave ha ocurrido».

En aquel instante, ella me miró y con una voz débil y temblorosa me dijo:

«No importa, aunque haya ocurrido un accidente puedes contar conmigo». Nos apretamos fuertemente la mano. Vi, sin que pronunciase una palabra, que sus labios se abrían, dibujaban un «sea prudente», pero no lo dijo. Nos separamos. Yo no sabía dónde dirigirme. María, Gloria o cualquier otra muchacha del grupo hubiera debido prevenirnos. La consigna era transmitir inmediatamente por medio de un

código tales noticias. Estaba prohibido hacer la menor gestión para informarse. Si hubiera obedecido a mis anhelos hubiese corrido a casa de Marisa. Allí la Gestapo, cómodamente instalada, esperaba a los visitantes.

Volví a mi casa y advertí a Miguel que algo desagradable ocurría y que había peligro. La primera noticia que recibí fue la de la detención de Gloria. Un cuarto de hora después, supe que las tres habían sido detenidas a la hora del almuerzo.

No había duda. Una denuncia. Lo primero era organizar la cuarentena de las siete muchachas del grupo y no volverlas a utilizar hasta después de haber averiguado de dónde venía el golpe. Inmovilizar toda la red inmediatamente hasta nueva orden y unir el subgrupo siguiente al grupo de cabeza. Pero la desconfianza que comenzábamos a tener de los muchachos no nos inclinaba a volver a tomar con nosotros su grupo, ni mucho menos a poner en peligro a alguien colocándolo a la cabeza de la línea. Por el momento, estábamos aterrados. En efecto, era una denuncia. La culpable la expió de una manera inesperada. Loca de miedo ingresó en un convento. Pienso que esa prisión perpetua que ella prefirió a una justicia más exacta, le dejará ampliamente el tiempo de sufrir y de llorar su juventud perdida y su vida malograda.

Y, sin embargo, yo no había creído nunca en las denuncias. Sé bien que esto es estúpido. La experiencia estaba allí. Pero yo no podía creer que un hombre, fríamente, fuese capaz de suprimir a otro con un pedazo de papel. No había visto con mis ojos una denuncia hasta el día en que interceptamos una parte de la correspondencia de un puesto de Falange. Era increíble. ¿Cómo se puede matar sin riesgo y con tal facilidad? No era un informe de la policía secreta, como yo lo creí durante mucho tiempo. Un papel arrancado de un cuaderno de apuntes con las rayas infantiles para

guiar el lapicero: algo pueril, y en el papel, el denunciante había escrito: «Señor Jefe de la Centuria. Fulano de tal buscado por sus actividades revolucionarias ha vuelto a España por la montaña, vive en la calle… Estoy seguro de que guardará Vd. el secreto del nombre del firmante para evitar los perjuicios que pudieran ocasionarme».

Y estaba firmado. Debajo añadía: «Si se conociera esta denuncia podría ocasionarme muchos disgustos». La escritura grande cuidada, pero torpe, probablemente desfigurada. En lo que se refiere al nombre, hay tantas personas que llevan el mismo en una ciudad, que es inútil buscar. No obstante, esto es lo que se llama una denuncia no anónima, cuyo autor pide no ser confrontado con el acusado.

Personalmente, el golpe recibido ese día fue el más rudo de toda la lucha hasta entonces. Las tres muchachas estuvieron una semana en los calabozos de la Dirección de Seguridad, antes de ser trasladadas a la cárcel.

Cuando pienso en las pesadillas que me asaltaron en aquella época, comprendo que a partir de ese momento yo, como los otros, estuviéramos al borde de la ruina.

Lo que me deja perplejo es la razón de nuestra obstinación. ¿Por qué continuamos? ¿Por qué una parte persiste aún? ¿Por qué he escrito estas líneas como un grito de desesperación, como la última llamada de socorro? Este manuscrito que pone mi vida en peligro y que la pondrá, todavía, después que me haya separado de él, ¿será leído? ¿Conseguirá pasar la frontera? ¿Se publicará?; y, en fin, ¿será comprendido? Muchos dirán que no merece la pena, pero después que en plena guerra se proclamó la consigna siguiente, no quiero abandonarla: «Es preferible morir de pie, que vivir de rodillas». He aquí por qué escribo, he ahí la razón por la que continuamos la lucha después de diez años de miseria.

Hay cosas que no he explicado aún y que en el extranjero no se pueden comprender. He hablado del *Opus Dei*, esa especie de masonería religiosa, y acabo de decir que la muchacha que denunció a Marga y a sus compañeras entró en un convento. Ello parecerá extraño. Es preciso que se sepa que en España existen dos dictaduras: la del Partido oficial y la de la Iglesia. Por ejemplo, en numerosos pueblos, el cura tiene derecho a infligir multas a los feligreses que trabajen en domingo o que bailan en cuaresma o que simplemente se ponen a bailar un domingo cualquiera, mientras hay un oficio en la Iglesia. Estas multas son comunicadas a la guardia civil, que se encarga de hacerlas efectivas *manu militari*. En los países en que la Iglesia está separada del Estado o bien en los países no católicos es difícil comprender cuán poderosas son la confesión y la dirección espiritual, en una nación donde el catolicismo es la religión del Estado.

Prácticamente, la Iglesia ejerce un control no sólo sobre las conciencias, sino sobre todas las actividades públicas. La Iglesia es un obstáculo insuperable en la vida de los no practicantes. En cambio, para aquellos que creen o que fingen creer todas las puertas se abren. El profesorado, la carrera política, la diplomacia y hasta las investigaciones científicas, cuyo Consejo superior, aunque no realice ningún trabajo útil, controla los estudios y los descubrimientos capaces de quebrantar la fe; la *Revista filosófica* no admite la exposición de una teoría moderna, el existencialismo, por ejemplo. La oposición para el ingreso en la Escuela diplomática comprende un ejercicio riguroso sobre religión; por otra; parte, desde la escuela primaria hasta el último curso universitario, el examen de religión es indispensable cada año si se quieren proseguir los estudios. Felizmente, el examen llega a ser una simple formalidad, porque la percepción de los derechos correspondientes y las prebendas de los presos interesan más a la Iglesia que la formación de

buenos cristianos. Los libros de Stendhal están prohibidos, como otros miles, clásicos o no. En resumen, la denuncia y la condena de nuestras compañeras fue debida a una confesión. La desdichada joven, impulsada por un sacerdote que le aseguró que era pecado mortal ocultar a la justicia la existencia de los grandes criminales como nosotros, había cedido, refugiándose después en un convento.

Esto puede parecer absurdamente novelesco, pero en España tales acontecimientos están a la orden del día. ¿Cómo Marga no descubrió las inclinaciones religiosas de su recluta? Fue una de esas imprudencias, que uno no puede evitar cometer de vez en cuando. Sin embargo, el pueblo español está muy lejos de ser un pueblo de soplones. Únicamente con la explotación interesada del sentimiento religioso se llegan a ahogar los escrúpulos de las gentes de buena fe.

De todos modos, fue para nosotros un rudo golpe, y no hay que añadir que para mí más que para los otros. Nuestro reducido grupo estaba ya muy disminuido. Miguel vacilaba en poner a María-Rosa en el puesto de Marga. Habíamos adoptado como principio desconfiar de las adhesiones por amor. Él y yo estábamos seguros de María-Rosa, pero no modificamos las reglas establecidas para no dar mal ejemplo. Preferíamos no tener al corriente de nuestras actividades a las muchachas que amábamos. Así evitábamos las angustias del temor a una venganza sangrienta en caso de que el amor se esfumase. El argumento era sólido. Nada de lo que Miguel hacía era irreflexivo. Mi papel de confidente sirvió para algo en esta ocasión y María-Rosa continuó fuera de nuestras actividades. Cuando pudimos reanudar el trabajo, el estado de espíritu había evolucionado bastante. Se había producido un curioso juego de manos. Al ritmo de las victorias aliadas, todo el mundo proclamaba su simpatía por Inglaterra. Cuando la primera película aliada de la guerra fue proyectada se armó un escándalo en la sala. Era la

película *In Which We Serve*. Las gentes que silbaban me eran más simpáticas que aquellos que sin osar volver la chaqueta francamente decían que, por encima de toda tendencia política, el espectáculo era magnífico: lo que por otro lado no era cierto, porque no era nada extraordinario. A partir de ese momento, se dejaban pasar los comunicados aliados al lado de los alemanes, hasta que estos últimos fueron relegados a un rincón en la parte inferior de una página o simplemente olvidados. Solamente «*Informaciones Zeitung*», como si tal cosa, anunciaba sin cesar victorias alemanas más próximas, cada vez, a la frontera del Reich.

Una vergonzosa farsa fue el cambio brusco de la política de gobierno de Franco, con el pretexto de unos españoles asesinados, con el resto de la población en Filipinas. En veinticuatro horas, toda la prensa anunciaba la barbarie de los amigos de Alemania y reclamaba venganza. Se llamaba a los últimos voluntarios de Rusia, privando de la nacionalidad a aquellos hombres que firmes en sus convicciones se negaban a traicionarlas. El gobierno no hubiera tenido ningún escrúpulo en organizar una nueva expedición, pero esta vez cambiando de campo. Perdió el tiempo y la vergüenza. No obstante, no faltaban elementos dispuestos a incorporarse a los ejércitos aliados y a volver luego con su fusil.

5

EL FIN DE LA GUERRA

EL invierno pasó sin más emociones. Poco a poco nos íbamos reponiendo. Las noticias del frente eran el remedio contra la ola de terror y de indiferencia que siguió. Indefectiblemente, los periódicos se pusieron a gritar cuando la ofensiva fue detenida en Aix-la-Chapelle. «*Informaciones Zeitung*» divulgó a todos los vientos que aquélla era la más grande batalla de la guerra y que era la última. Una nueva batalla de Flandes, una nueva campaña de 1940. A pesar de que queríamos conservar nuestra sangre fría, estábamos aterrados. La radio inglesa se esforzaba en disminuir la importancia de la derrota; nosotros no sabíamos a quién creer.

Todas las noticias nos llegaban deformadas, transformadas, desfiguradas. Era para volverse loco. Los falangistas erguían la cabeza y se lanzaban sobre sus diarios para recorrerlos con gritos de triunfo. Por fin, los alemanes fueron derrotados de nuevo y el país respiró. La liberación estaba más cerca que nunca. El maquis republicano estaba concentrado en la frontera los aliados no tenían más que hacer un gesto. ¿Cómo creer que no lo harían? Entonces hubiera bastado con reconocer al gobierno exilado para expulsar a Franco, sin revolución y sin que éste rechistase, El derrumbamiento de la ofensiva alemana colocó a los falangistas frente a las realidades. Pero los aliados se hicieron los sordos. Sin embargo, en Dunkerque y en Arrás españoles republicanos enrolados en el Ejército francés sacrificaron sus vidas para salvar lo que podía salvarse y para no sobrevivir a una segunda derrota. Españoles republicanos integraron

los núcleos del maquis. Fueron ellos los que enseñaron a luchar a muchos de los *maquisards*. La táctica de las bandas en campaña, que consiste en agrupar los fusiles ametralladoras delante y en el centro y apoyarlos por tiradores móviles sobre los flancos, fue inventada por nuestras milicias y nuestros guerrilleros y transmitida por nuestros voluntarios al maquis francés. ¿Quién hubiera podido pensar que se nos olvidaría tan pronto? Debieron ayudarnos, aunque sólo hubiera sido por solidaridad democrática.

Durante el período que siguió, la lucha se preparaba en ambos lados. Entre nosotros, Pedro estaba cada vez más taciturno. Con el traje azul de trabajo que afectaba llevar como un desafío a los prejuicios, aun en los días en que no trabajaba, estaba cada día más delgado y parecía más alto.

José hablaba más que de costumbre. Supe sobre su vida detalles interesantísimos. Antes de la guerra era falangista. Fue uno de los primeros en incorporarse a los rebeldes. Terminada la guerra, se había consagrado al trabajo con energía. Demasiado íntegro para transigir, había sido desplazado por los oportunistas, republicanos ayer, falangistas de última hora. Finalmente se vio separado de toda actividad, porque no dejándose comprar, molestaba a todo el mundo. Se separó de la falange el día en que se dio cuenta de que para los fascistas, según el procedimiento empleado en Italia, la *corrupción era un método de gobierno*. Por un lado, se aseguraban a los adictos apreciables rentas proporcionándoles situaciones en las que la corrupción era habitual; por otra parte, se aseguraba su fidelidad con la formación de un expediente en el cual se consignaban todos los momios cobrados por ellos, expediente que podía enviarlos en cualquier momento a la cárcel, deshonrados y bajo las burlas del público, de quien eran enemigos por el mero hecho de su cargo. José cambió completamente. Se hizo revolucionario. El matrimonio de José fue un aconteci-

miento épico que explicaba perfectamente por qué lo había decidido. José estaba enamorado de una joven dependienta fea. La esperaba a la salida de su trabajo y la hablaba. La muchacha, a pesar de su fealdad, tenía mucho encanto y excelentes cualidades. Él insistió sin éxito. Entonces empezó a llamar a Angelina por teléfono desde cualquier sitio y a cualquier hora, desde la mañana a la noche. Los patrones se molestaron; Angelina lloró. Su existencia en la tienda llegó a ser insoportable. Todos los días, José se hallaba en la puerta. Después de haber tenido una explicación terminante con otro pretendiente que se aferraba a la plaza, quedó al fin dueño de la situación.

Angelina comenzó a odiarlo.

Lo odió durante un mes. Al fin del cual, siguiéndola por una calle, la besó a la fuerza y recibió una magistral bofetada. Se casó tres semanas después, antes de la publicación de las amonestaciones. El matrimonio oficial no se realizó sino un mes más tarde, cuando esperaban ya su primer hijo.

Con un tipo de este temple se sabía adónde se iba.

Durante el invierno de 1945 le tocó actuar a él. Reclutó numerosos elementos, no muy seguros desde el punto de vista de la acción, pero fuera de toda sospecha en cuanto a sus ideas, con el objetivo de constituir una masa que dirigiera los movimientos eventuales de opinión en la calle. Los planes estaban preparados.

Ahora es cuando empieza la segunda parte de este relato. Ha llegado el momento de que sepáis que al llegar al recodo decisivo todo falló bruscamente. El mundo nos abandonó y nos quedamos, frente a las ametralladoras del gobierno, solos e inermes.

Las estadísticas oficiales publicadas a fuerza de gratificaciones y regalos afirmaban que las prisiones estaban vacías, cuando rebosaban. Mientras *The Tablet* hacía campa-

ña en pro de Franco y *A Voz*, de Portugal, aplaudía las ejecuciones de los «gángster» (así se denominaba a los héroes de las guerrillas cuando eran detenidos); mientras el papa daba su bendición a nuestros opresores y los católicos de los Estados Unidos, considerando a España como un baluarte de la Iglesia, ejercían su influencia secreta para prolongar la vergüenza de la no intervención, aquí las gentes se dejaban matar sin esperanza y sin gloria, para que el extranjero dijese que no habíamos intentado liberarnos nosotros mismos.

Hay que reconocer la verdad. Cuando los obreros de la Standard se declararon en huelga, los directores americanos amortiguaron los choques e impidieron las represalias. Pero después de aquello hicieron militarizar la fábrica para que toda falta fuera considerada como traición, con los correspondientes fusilamientos. Sin embargo, sin una orden venida del extranjero todo tenía que fracasar cada vez de modo más trágico. Los heroicos huelguistas de Bilbao que ocuparon las fábricas, de las que fueron desalojados por la fuerza de las bayonetas, no contaban más que con diez fusiles o pistolas para mil hombres. Los buenos mozos que interrumpieron los servicios públicos de Barcelona no dispararon un solo tiro al ser cargados por las tropas.

Lo más curioso era la inconsciencia de la población asqueada. Si la electricidad o el gas no funcionaban, la fábrica era cercada por la tropa, los hombres reducidos al silencio. La consigna pesaba sobre la tropa. Las cartas eran arrojadas al cesto por la censura militar, las familias de los huelguistas encarcelados. La ciudad no sabía lo que había sucedido sino varios días más tarde y por cuchicheos. Sin ayuda exterior, cada organización se lanzaba a una acción suicida aislada que no reportaba nada a nadie y costaba mucha sangre. En la misma ciudad, las fábricas paraban una después de otra, en lugar de hacerlo todas al mismo

tiempo. Cuando una daba por terminado el paro, la otra comenzaba, lo que favorecía la represión.

No os precipitéis a condenarnos. No se trata de hablar aquí de falta de disciplina. La disciplina consistía en no hacer nada sin órdenes. Y no se podían dar órdenes sin distribuir algunas armas. Además, ¿cómo se puede pretender que gentes que esperaron durante años el fin de esa guerra de su liberación, se resignaran a esperar todavía varios años más? Ahora bien; la caldera explotó. No tenía válvula de seguridad; todo fue ensayado, propaganda, granadas, guerra de nervios, guerra clandestina: los nervios estaban agotados y fueron ellos los que cedieron. Con paciencia el resultado hubiera sido el mismo. No era posible intentar nada. Cuando las tropas del maquis español de Francia atravesaron nuestra frontera, lo hicieron en el momento en que nosotros no estábamos dispuestos a acogerlas. En las comarcas adonde llegaron, se les recibió bien y muchos soldados de las tropas regulares se pasaron a ellas. Se realizó el ataque al buen tuntún. España no estaba armada para sublevarse. Ni siquiera se le había informado suficientemente. Gran parte de las gentes supieron la llegada de los *maquisards* varios días después, cuando su ataque había sido rechazado.

Los soldados estaban de acuerdo en decir (yo he hablado con muchos de ellos) que, si las fuerzas opuestas hubieran presentado una apariencia de cohesión, ellos se hubieran sumado a ellas sin vacilar. Pero ¿cómo unirse a grupos dispersos, cuya situación y fuerza se ignoran? Por otro lado, los aliados no apoyaron la maniobra en una declaración formal. En ese momento ni siquiera habían roto las relaciones diplomáticas. No ayudaron ni abastecieron a aquellos hombres como estaban obligados a hacerlo.

Una vez pasado el peligro inmediato, lo único que deseaban las democracias era que se las dejara tranquilas. Sin embargo, el señor Bidault debía haber recordado lo que vio en

el campo de Miranda. Debió acordarse de las vejaciones de que fue objeto, de aquel oficial belga maltratado a latigazos delante de una señorita de su legación, hasta que la sangre le brotó, porque osó decir que se les maltrataba. Y, mientras tanto, el maquis español en Francia daba que hacer a los alemanes. Pero estas cosas se olvidan pronto. Y el hecho de que se olviden es para una nación uno de los síntomas más graves de su decadencia y la justificación de los horrores que pueda sufrir.

Me acuerdo de que, en lo más intenso de la guerra, Miguel me demostraba que Alemania no podía triunfar, porque, excepto en Francia, no había conseguido victorias definitivas. En Noruega seguían batiéndose. Tito luchaba en Yugoslavia; Checoslovaquia y Polonia constituían un frente; en África, en el cielo de Inglaterra y en Rusia, los ejércitos se enfrentaban. Si Alemania hubiera logrado eliminar a sus enemigos uno después de otro, hubiese podido ganar la guerra. Cada vez que abandonaba un campo de batalla sin suprimir completamente al enemigo, más que una victoria presente, lo que conseguía era preparar un futuro y duro combate. No hay otra victoria que la definitiva.

Es inútil hablar de rendición sin condiciones; el espíritu del fascismo planea aún sobre Europa. Refugiado en España, volverá a rehacerse poco a poco. Escuchad a los que tenemos aquí. Aquí existe un foco de opresión. El incendio ganará país por país. Quien mata el lobo y no extermina las crías del lobo, puede empezar a temer por sus rebaños.

No sabéis lo que aquí ocurre.

Sería preciso que vierais a esas señoritas burguesas que palidecen en cuanto se habla de huelga y gritan histéricamente, sin disimular el miedo que moja sus pantalones: «¿Por qué no se zurra fuerte? ¿Qué hace la policía? Si se acabara con todos aquellos que están contra el régimen, no volverían a agitarse». No es una reclamación lanzada al

aire. Es el estado normal de nuestra joven burguesía, hija de traficantes del mercado negro o de gentes de la «situación» (situadas desde el punto de vista político, se entiende). Una vez que solapadamente hice observar a una de ellas que los agitadores eran acaso demasiado numerosos para infligir una corrección a todos, me respondió tranquila: «Eso no importa, se hace por turno». En boca de estos mequetrefes educados en el fascismo y que a los veinte y pico de años no han conocido otra cosa, las palabras «libertad» y «democracia» son insultos peligrosos. Tanto más cuanto que tienen un miedo terrible a la revolución y no vacilarían en hacer fusilar a su mejor amigo, si lo consideran sospechoso. Esto es el producto del fin de la guerra. Esos meses de tensión que debieron traernos la victoria, han dejado todo pendiente de solución.

La historia del fin de la guerra es para nosotros uno de los acontecimientos más tristes ocurridos. De nuevo nos reuníamos todas las noches en casa de Miguel para escuchar la radio. Silenciosos, rebosantes de esperanza. La noticia del armisticio a las tres de la tarde hizo sonar todos los teléfonos. Las calles se quedaron desiertas como por encantamiento. Los falangistas tenían miedo. Los nuestros se reunían unos en casa de otros. No se trataba de otra cuestión que de la ofensiva inmediata. En Bilbao y San Sebastián, donde los vascos se lanzaron sin armas a la calle, hubo choques violentos. Desgraciadamente, no ocurrió nada. Los aliados no se acordaban de nosotros. Los días corrían. Los ejércitos de Francia, en lugar de precipitarse hacia los Pirineos, permanecían inmóviles. Aquí hervíamos de impaciencia.

Un día, otro día. Nuestra inquietud aumentaba. Luego nos resignamos a la espera. Los sabotajes y la propaganda continuaban. Unos decían que los aliados esperaban el fin de la guerra con Japón. Cuando el gobierno, por una de las co-

bardías que le eran habituales, ordenó cínicamente engalanar por la victoria, el pueblo no reaccionó; los falangistas, por un resto de decencia y por vergüenza; los nuestros, porque de lo que entonces se trataba era sólo de empavesar.

La ebullición se calmó.

Las bombas atómicas lanzadas contra Japón pusieron otra vez a dura prueba nuestros nervios. La guerra terminó completamente. Nada sucedía.

Era la época más cálida del verano. Uno no podía más. El calor y la exasperación nos tornaban locos. Volvimos a esperar día tras día, y luego a decir que la ONU decidiría nuestra suerte. Lo que era lo mismo que estar sobre ascuas durante meses. No podíamos más. Y aún el trabajo clandestino. Todavía las afiliaciones. Nuestro grupo de acción estaba completo. No se trataba más que de esperar. Nos esforzábamos en mantenernos tranquilos.

Aquel verano fue atroz y, además, nos vimos bruscamente obligados a esperar. Teníamos necesidad de paciencia. Se deslizaron varios meses sin poder siquiera prever aquella famosa reunión de las NU. La policía seguía actuando. Había que ser prudente. Desde ese momento comenzó a cundir el derrotismo. Los más clarividentes adivinaban lo que iba a ocurrir.

Caímos del optimismo más frenético en la mayor desconfianza. Fue el primer golpe duro. La guerra había terminado y todo continuaba como antes. Era desesperante. Y, sin embargo, salvo en momento de crisis, no desesperábamos. Los más débiles y acaso los más inteligentes comenzaron a ceder, pero las masas se mantenían siempre.

Nos hizo falta más tiempo para aprender a desesperar. Desgraciadamente, los incidentes esporádicos, de los que ya he hablado, empezaron a producirse. Vanamente, estú-

pidamente, las organizaciones probaban suerte solas. Fracasaron, como era de esperar, unas tras otras. Y ello nos debilitaba mucho. En efecto, caían, si no los más prudentes, los más decididos, los más audaces. El maquis crecía con los elementos dispersos que pasaban la frontera en desorden, sin plan de conjunto y sin preparación seria. Todos juntos hubieran podido ganar la plaza. Pero ¿cómo lanzar una acción estratégica de envergadura si las autoridades francesas, inglesas y americanas no lo apoyaban en su lugar de origen?

Todo fracasó lamentablemente. El miedo se acentuó. El escepticismo de aquellos que se volvían indiferentes comenzó a tener sólidas bases en que fundarse.

Y nosotros teníamos que proseguir aún, con todo y contra todo, frente a la desesperación, frente a las malas razones, frente a la policía, frente al abandono general que comenzaba a dibujarse. Habíamos hecho todo lo que humanamente era posible hacer. Cada uno cumplió su deber hasta el fin.

Sin la traición de las democracias nuestra victoria era segura. Pero nos traicionaron…

6

LA ONU

ANA era una preciosa muchacha de diecinueve años cuando la conocí en uno de los más miserables arrabales de Madrid. No puede uno hacerse idea de lo que son estos alrededores. Las gentes viven enterradas en agujeros, con un trozo de lienzo tendido encima para protegerse del sol o de la lluvia. Se dedican a la explotación de los detritos de la ciudad. El dinero es casi desconocido. Fuman colillas, se visten con trapos cosidos o simplemente atados por los ángulos; los niños menores de diez años van en verano completamente desnudos.

En general, uno de los miembros de la familia trabaja para todos o bien roba lo que puede para venderlo a precios irrisorios, sin relación alguna con su valor real, a los propietarios de tiendas sospechosas; o bien va de un lado a otro haciendo chapuzas. Con doce pesetas de garbanzos, por día, viven a menudo siete u ocho personas. La promiscuidad es asombrosa. En el agujero común duermen los rapazuelos, al lado de la pareja que no recata sus expansiones amorosas, todo en medio de la mugre más nauseabunda. Estos arrabales no son continuados como el recinto de París o de Londres, sino que se agrupan por colonias, separados entre ellos por grandes distancias, en un radio de dos o tres kilómetros de la última casa ciudadana. Allí descubrimos los espectáculos más horribles, como, por ejemplo, el caso de un bebé medio roído vivo por los gusanos, por haber tenido aplicado contra su piel, durante una semana, al pichón muerto que debía salvarle no sé de qué enfermedad.

Nosotros no tratábamos de ejercer allí una acción política, sino simplemente desempeñar el papel de enfermeros o de asistentes sociales. Nos consagramos a la tarea muy pronto, pero sin grandes resultados. Aquellas gentes se preguntaban qué interés perseguíamos y qué queríamos de ellos. Proporcionarles medicamentos para que abandonaran sus repugnantes remedios medievales, enseñar a leer y escribir a los niños, tratar de inculcarles algunas reglas higiénicas, tratar de persuadirles para que aceptaran algún trabajo remunerado, todo esto les parecía tan extraordinariamente absurdo que se burlaban de nosotros con una ironía tosca de la que aparentábamos no darnos cuenta. Ello terminó el día en que, sin saber por qué, un grupo de energúmenos nos persiguió a pedradas.

Para remediar tal estado de cosas hubiera hecho falta un serio apoyo de las autoridades y una ofensiva general, una escuela oficial obligatoria, socorros sistemáticos, enfermeras y, aun pretendiendo lo mejor, barracas para intentar dar sentido de la vida a tales gentes. Esto no se ve únicamente alrededor de las ciudades. Aconsejo a los turistas que abran bien los ojos a lo largo de las carreteras o de los recorridos en ferrocarril. Esas colonias de trogloditas existen en toda España. Pero los visitantes no comprenden, si no se atrae su atención, lo que supone una pandilla de niños desnudos alrededor de una caverna. Hablé de ellos a muchos extranjeros. Les mostré muchas cosas y se quedaron estupefactos de no haber visto antes nada. Hay que saber abrir los ojos y comprender que si el gobierno no resuelve nada (después de la enérgica campaña republicana para dar solución a este problema) es que encuentra en su mantenimiento algún interés. Esas masas embrutecidas, si adquirieran conciencia de su miseria, constituirían una grave amenaza para el fascismo. Conocí a Ana en el momento en que formaba parte de un grupo de la juventud católica que venía de buena fe a echar por tierra nuestro trabajo. Para ellos se trataba

de explotar el lado supersticioso de aquellas pobres gentes, para hacer de ellos un instrumento al servicio del gobierno. Era una maniobra hábil. Los desdichados jóvenes no sabían lo que hacían. Para ellos era un apostolado. Para sus jefes se trataba de preparar, con hombres fanatizados por la Iglesia, una «Vendée» contra la futura República española, como lo habían hecho los *Chouans* contra la naciente república francesa.

Ana y sus compañeros, como unos imbéciles, se habían dejado engañar y se tomaban mucho trabajo para mantener a estos pobres desdichados en su miseria, enseñándoles el fervor religioso. Para eso utilizaban los elementos más estúpidos y más cándidos de las juventudes católicas, aquellos que no veían más allá de sus narices. Gracias a esto era bastante fácil ocultarles nuestros verdaderos fines e, imposibilitados de poder obstaculizar su labor, los tolerábamos. Y se mostraban contentos de no hallarse solos.

Entre ellos había algunos raros elementos inteligentes. Ana me agradó desde que la vi por primera vez. Su entusiasmo, su gracia y cierto encanto especial que ablandaba hasta a las verduleras del arrabal. No sé lo que ella vio en mí. Pero, a partir del día en que nos encontramos en una de las zahúrdas del arrabal, pasamos tres meses sin separarnos. Lo que nos unía era, a la vez, el esfuerzo realizado en común y la certeza de encontrarse frente a un enemigo digno de estima. Esta doble situación de aliados y de adversarios nos hizo inseparables.

Había entre nosotros una barrera infranqueable. Ella era de buena fe, mas si no estaba en pro del régimen (demasiado inteligente para transigir con él, habíase negado a entrar en la Falange) estaba, no obstante, contra nosotros, lo que a fin de cuentas venía a ser lo mismo. Fue ella la que cedió primero. Un buen día recibí una carta en la que ella me explicaba que sentía flaquear todas sus convicciones, que te-

nía necesidad de reponerse y por ello no volvería a verme. Había pedido cambiar de arrabal. Supe por amigos comunes la desesperación en que la sumió tal resolución. Más tarde recibí dos cartas, ambas desesperadas, pero impregnadas de una firmeza fanática. En el mundo en que vivíamos la lucha es sin cuartel. Los relatos emocionados de reconciliaciones por amor quedan para los novelistas de tiempos pretéritos. Es necesario que se comprenda que nos hallamos en un callejón sin salida y que la cuestión del uniforme prevalece. Durante un mes estuve muy afectado, pero no modifiqué mis actividades. Comprendía que no había otro remedio, pero no me resignaba a perderla. Dos años más tarde, una noche en que no podía más, la telefoneé. Apenas había pronunciado algunas palabras, sin darme a conocer siquiera, cuando oí en el aparato una especie de gemido, después un clic. Ana había cortado. Ni ella ni yo olvidamos. Pero existía entre ambos una cuestión de uniforme.

Después llegó el tiempo de nuestra última esperanza y de nuestra postrera desilusión: la reunión de la ONU. Creíamos en ella con una buena fe enternecedora, como un niño cree en los Reyes Magos. El país se preparaba para la gran batalla; los dos clanes estaban definitivamente delimitados. El número de indecisos, en las últimas semanas, disminuía en favor nuestro. Esperábamos un milagro. Yo sabía que no habíamos recibido armas, que Franco era apoyado por los capitalistas, por los burgueses, por los cobardes, por los católicos devotos, por los jesuitas y los «tartufos» del mundo entero que temblaban ante la idea de una revolución social, pero para la ONU era una cuestión de prestigio. Si su primer gesto no tendía a liberarnos, jugaba a perder desde el principio. Únicamente una acción enérgica podía asegurarle la adhesión de las masas, la confianza de los pueblos libres, la fidelidad de las clases obreras, el apoyo moral de las democracias sinceras.

La liberación de España, tantas veces prometida, haría olvidar la abulia de la SDN. Era una tarea fácil, urgente, necesaria. Al primer ultimátum, antes de concentrar fuerzas internacionales, antes de aplicar severas sanciones económicas, Franco se vería obligado a ceder. Se trataba de mostrarse decididos y fuertes. De un solo éxito bien explotado iba a depender la existencia de la ONU, la eventualidad de una guerra próxima, la edificación de un mundo nuevo. Aquí los planes fueron trazados, una vez más, con frenesí. Causaba placer el alocamiento de los falangistas. En los medios gubernamentales no se hablaba de otra cosa que de pasaportes para Portugal o Argentina. Esta vez, verdaderamente, era el fin de la esclavitud.

Las maniobras se aceleraron. Devorábamos los periódicos todas las mañanas.

El día de la discusión del caso español la efervescencia crecía de hora en hora en todos los medios sociales. Uno se decía: ¿Qué es lo que traman? ¿Acaso no han decidido ya?

Aquella noche estábamos decididos a todo. Los grupos estaban preparados.

A sangre fría, nos dábamos cuenta de hasta qué punto nuestros planes eran teóricos si no contábamos con bastantes armas.

Aun admitiendo que por la mañana pudiéramos intentar el golpe y conseguir el éxito, si el gobierno no cedía en pocas horas se nos desalojaría de nuestras posiciones y ocurriría una carnicería. Sin embargo, era probable que el gobierno no osara resistir y aceptara el hecho consumado. Por lo menos, una fracción de los jefes responsables, al ver todo perdido, se declararían solidarios de la revolución con el fin de poder volver las armas contra sus camaradas y hacer valer luego el papel que habían jugado. Si tales previsiones no se realizaban, es decir, si el gobierno no se dejaba inti-

midar o si los aliados no apoyaban su ultimátum con una acción directa, nosotros estábamos maduros para el pelotón de ejecución.

Las noticias llegarían a medianoche. Teníamos unas horas que perder hasta ese momento. Todos los detalles estaban planeados desde mucho antes. No teníamos otra cosa que hacer que esperar. Era necesario dejar que los nervios se tranquilizasen antes del gran día.

A las ocho volví a mi casa a cenar. A las nueve, ya estaba otra vez en la calle. Nadie salió aquella noche. Después del cine, que terminaba a las nueve, todo el mundo regresó precipitadamente a su domicilio. Vi cómo se vaciaban las calles. Disponía de dos horas hasta la cita con Miguel. La Gran Vía, arteria principal de Madrid, estaba desierta. El alumbrado público muy reducido, a causa de las restricciones de electricidad, acentuaba la tristeza. Abandoné la avenida para deslizarme por una de las calles adyacentes. Se notaba que la ciudad estaba ocupada militarmente. Vehículos de la policía vacíos estaban estacionados en los rincones oscuros; los hombres debían estar escondidos en los portales. Vi dos camiones que se detenían junto a Correos y dos secciones de la Gestapo precipitarse dentro del edificio. Un minuto después los autos desaparecieron y la calle volvió a quedar desierta.

La plaza situada frente a Correos constituía un magnífico campo de tiro y controlaba cuatro importantes vías. El asunto era gravísimo. No observé otra cosa por el momento. Las embajadas estaban custodiadas por una sección completa; por lo menos eso ocurría con la embajada de Francia, muy próxima al sitio en que me hallaba y adonde acudí enseguida. Evidentemente, se temía que algunos agitadores se hubieran refugiado en aquéllas para conocer las decisiones de los gobiernos y actuar de acuerdo con ellas.

Mientras erraba por las calles comenzaron a cerrar las puer-

tas de las casas. Entonces se produjo un fenómeno extraño. En casi todos los porches aparecieron gusanitos de luz y me acordé de que en el regimiento nos enseñaban a «camuflar» las hebillas de los cinturones durante la noche porque brillan en la oscuridad y son visibles a varias decenas de metros. En el paseo de la Castellana, donde tuve la sensación de estar solo, caminaba entre una doble fila de hebillas de cinturones. Junto a un árbol vi un resplandor no amarillento, éste tiraba a azulado. Se me cortó la respiración: el cañón de un fusil ametrallador.

Las precauciones estaban bien tomadas.

Encontré a una compañera que deambulaba por allí, inspeccionando, a su vez, la calle. Por extraño que parezca, las gentes de la Gestapo la dejaron pasar sin dedicarle, como tenían la costumbre, su repertorio de groserías.

Mi compañera pasó cerca de mí y me hizo una mueca poco reconfortante. La embajada de Inglaterra, la Casa Americana, la embajada de los Estados Unidos estaban totalmente rodeadas de policías. Miguel, que sentía un placer evidente haciendo tonterías, zanqueaba tranquilamente la acera, bajo la mirada desconfiada de los agentes. Éstos seguían con interés los movimientos del cigarrillo de Miguel. Mi amigo me detuvo al paso y se puso a charlar del tiempo. Luego me ofreció un cigarro y se acercó conmigo a preguntar ingenuamente a un policía por qué se tomaban tantas precauciones aquella noche. El hombre, demasiado desconcertado para enviarnos con cajas destempladas, nos contestó que eran medidas de protección. Al oír esta vaga fórmula, Miguel se deshizo en agradecimientos. El policía más cercano, con la mano en su pistola, vino a decirnos que circuláramos. Miguel me arrastró consigo: «Esto marcha —dijo—; estos muchachos están tan nerviosos que no son capaces de apuntar antes de disparar un tiro. Descargarán al azar el cargador de su pistola y si piensan en ello utilizarán su fusil

como maza en el cuerpo a cuerpo. Pero antes se desmoralizarán».

Le hice partícipe de mis temores en cuanto a la ocupación por la Falange de los puntos estratégicos. Esto, según su opinión, era más grave. Los hombres, protegidos detrás de las ventanas, por nerviosos que estén, se sienten más seguros que los pobres diablos expuestos a servir de blanco bajo los porches de las casas.

A las once estábamos en casa de Miguel. Una vez reunidos todos, hubo una hora de discusión. José quería, sucediese lo que sucediera, poner en práctica el plan previsto. Pedro, por primera vez, vacilaba; Jorge, Miguel y yo estábamos de acuerdo en pensar que bien merecía la pena, si la ONU enviaba un requerimiento directo a España apoyado por una amenaza de acción directa.

Hacía largo tiempo que habíamos renunciado a recibir armas y hacer reconocer al gobierno republicano en exilio con el mismo título, con que lo habían sido los gobiernos de todos los países ocupados por los fascistas. Pero, al menos, hacía falta contar con alguna probabilidad de éxito si íbamos a jugarnos el todo por el todo.

Miguel creía que con algunas pistolas podíamos atacar por sorpresa a algunos policías y, aprovechando la confusión, apoderarnos de sus armas. Cada uno tenía un fusil y una pistola. Por cada enemigo caído armábamos dos hombres. Contando siempre con la sorpresa y con la rapidez que nos daba un plan bien madurado, podíamos llegar a ganar cierto número de puntos. A partir de allí nada podía preverse. Si el gobierno se decidía, seríamos rechazados y eliminados en breve tiempo, antes de que el país se percatara de lo que ocurría. Si, por el contrario, imperaba el desconcierto, a la noche siguiente toda la ciudad se pondría a nuestro lado. Miguel contaba con las primeras barricadas en el transcurso de la tarde.

No se nos ocultaba que sólo teníamos una probabilidad contra diez de triunfar, pero hubiera sido un crimen no intentar nada. Si la ONU se limitaba a una declaración de principios sin intimidación… ¡pero no podíamos admitir tal hipótesis!

La radio daba las noticias en inglés. Sólo Miguel y yo comprendíamos. Tomamos papel y lápiz. Los demás jadeaban.

Las noticias se sucedían. No se habla de España. Los otros se impacientaban. Miguel les hacía señas para que se callaran. Él miraba su papel. Yo le miraba a él. Yo pensaba: «Si se hubiera decidido algo ya lo hubieran dicho. Quieren ahogar el asunto». Miguel levantó los ojos y me miró.

Pensábamos lo mismo.

Nervios calmados.

Habíamos perdido. Aquello estaba terminado.

Deprisa los lápices. Escribir, escribir… Los embajadores… Proposiciones…

¡Uf!… Aquello estaba terminado.

Me levanté. Creo que estaba pálido.

Me sentía con el rostro transformado. Debía de estar lívido. Miguel se levantó lentamente. Me miró. Miró a los demás. Habían adivinado. Y Miguel dijo con voz profunda que le salía difícilmente: «Estamos perdidos, hijos míos».

Entonces ocurrió un estallido.

—¿Qué es lo que dicen?

—Mala suerte, pero ¿qué es lo que dicen?

—No se ha tomado todavía una decisión. Se examina una proposición de retirada de embajadores.

Pedro, testarudo, pregunta aún:

—¿Rompen las relaciones diplomáticas y comerciales o las

diplomáticas solamente?

—NI las unas ni las otras. No es más que un gesto.

—Pero no pueden dejarnos morir.

—Van a dejarnos perecer.

—Cobardes, cobardes…

Consejo de guerra, campaña de propaganda. Esperar aún. José protesta:

—Hay que lanzarse enseguida, que uno reviente de una vez por todas. Pedro perdió los estribos. Pensaba lo mismo.

Se trató de tranquilizarlos. La revolución es, ante todo, una cuestión de sangre fría. Teníamos una responsabilidad. No se puede sacrificar a la gente por nada. Esperar y ver venir. Comenzar una violenta acción de propaganda y esperar. Eran las siete de la mañana cuando nos separamos.

El teléfono estaba seguramente vigilado. No había medio de prevenir a los nuestros. En caso de acción se hubiera podido hacer gracias a una palabra de paso. Porque, de todos modos, uno estaba al descubierto. Había que ser de nuevo prudente.

Durante la mañana la consigna corrió. Era la muerte de nuestra esperanza.

Los unos se sintieron casi aliviados. Curiosa reacción. ¿Por qué estaban con nosotros?, os preguntaréis. No se sabe. Si no hiciesen nada, se detestarían a sí mismos a muerte por su pasividad. Pero los años de espera los minaron. Yo presiento que se quedaron aliviados y, no obstante, aquella noche se hubieran batido como leones. Pero, precisamente, en esa noche se agotó su reserva de coraje.

Las democracias han hecho algo peor que abandonarnos. Nos hundieron con armas y bagajes. Hicieron desaparecer la moral para siempre. Miguel tenía razón. «Estamos perdi-

dos».

Creo que ni siquiera ojeé los periódicos en varios días. Atravesamos una crisis de depresión inimaginable. Todo el mundo abandonaba la lucha. Los aliados retiraron simbólicamente sus embajadores. No recibimos ni armas ni ayuda. Los aliados siguieron enviando hierro, lana, algodón. A cambio de concesiones irrisorias, justamente las precisas para permitir la vida del fascismo, se compraron las conciencias de las naciones con toneladas de aceite y de naranjas. Pero esto, esto ocurrió más tarde.

La versión oficial era la de que toda España protestaba en nombre de su independencia contra la intervención de la ONU, cuando, en realidad, no deseábamos otra cosa. Para reforzar dicha tesis fue Organizada una solemne manifestación. Fue precedida de preparativos destinados a engañar a las gentes de aquí y de fuera. En España se trataba de hacer creer al pueblo que la discusión de nuestra situación ante las Naciones Unidas era un ultraje al honor nacional y que si los españoles «querían un régimen o preferían otro, eran lo suficientemente grandes para elegir». Estas tonterías electrizaron no sólo a la minoría franquista, sino que hicieron estragos entre los miedosos no encuadrados todavía y que, no conociendo las circunstancias accesorias de un levantamiento eventual, se declararon, desde luego, prestos a participar en él, pero completamente solos para demostrar al extranjero que no éramos niños y no teníamos necesidad de nodrizas.

Esta propaganda hábil, que no impresionó en nuestras filas más que a los simplones, presentaba otro carácter más allá de las fronteras. Allí no era una manifestación del amor propio, sino de adhesión al régimen. Para apoyarla se comenzó enseguida a hacer visitas al domicilio de cada uno para obligar a las gentes a firmar listas de adhesión. Os ruego me digáis quién hubiera podido negarse en un país en el

que para encontrar un empleo es necesario un certificado de lealtad expedido por el comisario de policía, simple formalidad que, por otra parte, sólo se rehúsa a aquellos denunciados por los espías de tener propósitos o realizar actos hostiles al régimen. Hubo, no obstante, quienes se negaron a firmar. Eran gentes que no necesitaban pasaporte, porque no pensaban viajar; que gozaban de un empleo seguro que no tenían intención de dejar, que contaban con un pasado que respondía de ellos; que habían bebido las heces del sufrimiento y todo les tenía ya sin cuidado. Los demás firmaron bajo la amenaza de no tener trabajo, ni pasaporte o de encontrarse entre cuatro muros o en el cuarto de tortura un buen día, sin más ni más.

El carácter, no franquista, sino de orgullo nacional, fue activamente explotado por la propaganda. Una lluvia de hojas y de carteles proclamaba que no éramos una colonia y que no admitíamos ser protegidos.

¡Gran Dios! Estábamos ocupados y todavía existían personas que se dejaban seducir por tales tonterías.

El día de la manifestación, las órdenes fueron estrictas. Cada uno debía ir a su trabajo. A las diez el delegado falangista de cada tienda, de cada taller, de cada oficina tenía que llevar al personal a la plaza de Colón, desde donde se desfilaría hasta el Palacio Real. Aquí hablaría Franco. A pesar de las dificultades que presentaba la evasión, hubo delegados (antiguos falangistas que no estaban de acuerdo con el partido oficial, pero que seguían pagando su cotización), que no dijeron nada. En fin, todos aquellos que pudieron hacerlo, sin que corrieran riesgo de ser reparados, escaparon por las calles adyacentes. Lo que joroba es que entre tan gran multitud no se ve a nadie y se ve a todo el mundo. No se sabe si a dos metros hay un falangista conocido que por casualidad os ve tomar soleta. El miedo retuvo a la mayoría. Conozco a centenares de personas que dijeron que una vez

embarcados en el acto, tuvieron miedo de irse. Otros que eran libres de ir o no ir a causa de su profesión, fueron a ver lo que pasaba y no pudieron eclipsarse, por temor de ser observados. Por otra parte, después que sabíamos que todo estaba perdido no podíamos mirar mal a aquellos que volvían la chaqueta, ni a los que transigían. No teníamos fuerza para despreciarlos.

La plaza del Palacio Real se llenó como un vaso de agua. A rebosar:

¿Cuántas personas se concentraron? ¿150.000? ¿200.000? En una ciudad de un millón de habitantes que se había tratado de arrastrar a la fuerza, la abstención, oficialmente reconocida, de tres cuartas partes, podía ser considerado como un éxito. Podemos afirmar que, ese día, todas las gentes válidas, que no estaban definitivamente contra el régimen salieron a la calle. Primero por vanidad nacional, luego porque se quiso forzar a todo el mundo, en fin, por tibieza, por inercia y en último lugar por convicción. Se manifestaron todos los que no quieren derrocar cueste lo que cueste a Franco. Digo bien, todos aquellos que no querían derribarle definitivamente. Es decir, que entre los manifestantes se contaban los tímidos, los miedosos, las gentes fáciles de manejar y personas que por una razón o por otra no están en contra del régimen. Todos éstos no los cuento entre los nuestros. Deducir también los soldados a quienes se dio orden de manifestar. Hay, por lo tanto, en último término, un tercio de la población como máximo con la que no se puede contar, sean cuales fueren sus convicciones. Quedan dos tercios que han demostrado, ese día de pleno desastre, que no transigen.

Ahora bien, arrastrarlos a actuar es otra cuestión.

Del mismo modo que Franco no puede disponer más que de una ínfima fracción de ese tercio de la población, nosotros perdimos, a causa de los golpes reiterados y frente a las

traiciones más abyectas de nuestros aliados, el espíritu combativo que nos lanzó a la batalla durante tantos años y que ha conducido a muchísimos de los nuestros a la cárcel y a la muerte.

La manifestación contra la ONU nos mostró la debilidad de Franco. No nuestra fuerza. A pesar de los gritos de victoria de la prensa y de la radio, a pesar de la multitud impresionante de 200.000 personas de las actualidades cinematográficas, sabemos en adelante que esa masa representa todo y aún mucho más de lo que está con el Caudillo de Madrid.

El resto está con nosotros. Pero son muertos. No hablan. No hacen proyectos. No se oye más que la palabra: emigrar, emigrar; irse a cualquier sitio.

Pero la xenofobia de ciertos círculos franceses influyentes es bien conocida. La cuota de la inmigración española a Estados Unidos está cubierta por siete años. ¿Dónde emigrar? ¿Dónde pueden ir esos millones de desesperados, dispuestos a todo, salvo a ceder, y que pagan con la sangre desde hace más de diez años su amor a la libertad? Y vosotros, vosotros nos contestáis presentándonos balances comerciales, intereses capitalistas y el plan Marshall.

7

EL FIN DE TODO

HICIMOS lo imposible para no desconcertarnos, pues verdaderamente llegábamos al fin de la resistencia. Después de las catástrofes que voy a relatar, quedan aún valientes que actúan. Se repusieron con respecto a todo y contra todo; acaban de recomenzar a desobedecer y continuarán hasta que no reste ninguno. Yo, por mi parte, me retiré. He escrito estas páginas y espero en la más profunda confusión. No sé qué hacer.

Pero es necesario que vuelva a mi relato allí donde lo dejé. Será breve. Los acontecimientos se precipitaron.

Aquellos que tenían verdaderamente fe reemprendieron el trabajo, pero hubo muchas deserciones y mucho asco. Los estudiantes de la FUE estuvieron, una vez más, a la altura de las circunstancias. Se lanzaron ciegamente a una campaña de propaganda que no cesó hasta que todos los cabecillas y bastante número de miembros fueron encarcelados.

He aquí lo sucedido.

Nuestros verdugos, una vez tranquilizados acerca de su porvenir, quisieron hacernos pagar el miedo que pasaron. Durante ocho meses, se dedicaron a detener a todos los sospechosos. Pesquisas, interrogatorios, registro tras registro, alborotos a la americana contra aquellos que se resistían. Calles bloqueadas, asaltos de casas, pistoletazos. Tuvimos de todo aquellos ocho meses. Para comprender, podría recurrir a vuestros recuerdos de guerra.

¿Habéis vivido en una ciudad bombardeada? Se oyen algu-

nas de las bombas. Se oye el silbido de las que caen muy cerca. Pero uno se queda asombrado al constatar, al día siguiente, en los periódicos, que mil aviones volaron sobre la ciudad. Nadie lo diría. Es preciso buscar para encontrar las casas derruidas. Sólo después de varios bombardeos, se ven los destrozos por todas partes. Eso mismo ocurrió aquí. Pensaréis, después de mi descripción, que la ciudad estaba en estado de sitio. No, en absoluto. Circulaban rumores: «Se ha detenido a fulano, han matado a mengano, se ha luchado en la calle del Barquillo o en la Glorieta de Cuatro Caminos». Al cabo de ocho meses, todo el mundo tenía media docena de amigos detrás de las rejas y había presenciado alguna detención tumultuosa en la calle. Una de ellas tuvo lugar a mediodía en la plaza central, la Cibeles, de Madrid; igualmente se produjo, a las once de la mañana, una escaramuza en el mismo corazón de Barcelona, en la plaza de Cataluña. En este último caso los nuestros consiguieron escapar, gracias a la ceguera complaciente de los testigos. El procedimiento para las detenciones era sencillo. Aquellos señores disponían de su tiempo y la opinión mundial les aseguraba la impunidad. Iban en busca de alguien. Si no encontraban al sospechoso, se marchaban como habían venido. El desgraciado vivía escondido algún tiempo, luego si no se mudaba, volvía a vivir a su casa. La policía no aparecía de nuevo hasta pasados tres o cuatro meses. Prefería que se escaparan algunos. No se sabía dónde meterlos.

Dos de nuestros grupos fueron detenidos, al principio; y más tarde, un tercero. Ello se comprenderá fácilmente. Después de varios años de lucha clandestina, la reunión de la ONU fue para muchos la última esperanza. Ya he dicho que varias semanas antes reinaba en el país una confianza ilimitada. Las lenguas se desataron y hasta Miguel no actuó con la calma debida. Aquellas habladurías y aquella confianza nos costaron caros. No sabíamos hasta qué punto estábamos

descubiertos. Por última vez, la red se paralizó. Miguel sabía que no podría volver a ponerla más en movimiento y resistió la tormenta durante un mes. No se resignó a cesar el juego hasta el momento en que toda acción llegó a ser criminal.

Teníamos la responsabilidad de la dirección. La discusión del consejo fue más apretada que nunca. José y Pedro querían intentar una salida desesperada, continuar trabajando descaradamente, amotinar a los obreros y hacernos fusilar en nuestro puesto, exaltando la revolución. Miguel se opuso. Era muy novelesco, pero estúpido en absoluto. Buscar nuestra muerte y la de nuestros hombres y la de los obreros que nos seguirían era una locura. Por otra parte, una masa desorganizada no podía hacer nada. Todas las masas se estrellarían ante las ametralladoras. Las masas no pueden hacer otra cosa que acudir en socorro de un pequeño grupo de técnicos que ocupara por sorpresa las palancas de mando. Volvía a nuestra primera idea y nos recordaba que todos habíamos estado de acuerdo con ella. Pero Pedro estaba embalado y no escuchaba razones. Miguel pronunció una frase, que no creyó nunca verse obligado a proferir: «Soy yo quien manda aquí». Era tal el prestigio de Miguel que esto bastó para calmar a ambos. Se volvió a examinar con tranquilidad la situación. La organización debía ser considerada como destruida. Después de la alerta era necesario empezar de cero y encuadrar de nuevo los elementos de choque que quedaban. Las masas podían ser separadas, deshechas y rehechas sin dificultad. No era esta clase de simpatizantes la que nos interesaba. El país desbordaba. Sería preciso encuadrar de nuevo al resto de los adheridos, a los famosos «mil» que constituían la base de todo el movimiento. Se volvería al principio y se reharía todo.

Mientras tanto, cada uno era libre de actuar como mejor le cuadrara o de meterse bajo tierra. Miguel, Jorge y yo pen-

samos que la prudencia iba a ser el mejor servicio que podríamos rendir a la causa, reservándole sus elementos de lucha. Pedro anunció que se incorporaría a los guerrilleros, que mantenían el maquis en la sierra de Guadarrama, a unos 100 kilómetros de Madrid. José no se había decidido todavía. Quería seguir actuando, pero nos prometió la máxima prudencia.

La separación fue emocionante. Pedro nos prometió tenernos al corriente de su situación para que pudiéramos verle o llamarle si las circunstancias lo exigían.

Inmediatamente, cada uno se fue por su lado, preguntándose si la Gestapo no estaba a punto de echarle mano.

La vida fue difícil, durante varios meses. La policía irrumpía en todas partes. Cualquier pretexto era bueno. Palabras cogidas al vuelo, denuncias, conversaciones telefónicas sorprendidas. Los comunicados dejaron de recibirse. Bajo la aparente normalidad de la vida, todas las redes subterráneas estaban obligadas al silencio; cortadas las comunicaciones y con sus enlaces perdidos muchos grupos se encontraron aislados y se disolvieron. Era un lío. Todo se lo debíamos a la debilidad de las democracias. Hermoso trabajo. Tenían por qué enorgullecerse.

«Si eso es la democracia, me dijo en un arranque de amargura un compañero, me hago falangista».

Aquello era duro, pero no admitía contestación. El gobierno se sació de alegría. Devolvió la cortesía a nuestros antiguos aliados proclamando por todas partes que no teníamos nada de estado totalitario. Éramos una democracia, pero una democracia «orgánica». Nadie sabía lo que ello quería decir, pero sonaba bien. Con énfasis se hacía notar que disfrutábamos de un parlamento. Ciertamente, sus miembros son nombrados uno a uno por el gobierno y destituidos cada vez que no votan lo que el Dictador desea. Un grupo de ellos

que osó presentar una moción de carácter realista fue perseguido. Después ninguno se atrevió a respirar. Pero se trata de una libertad «orgánica»…

Se hizo la vista gorda acerca de la presencia en los escaparates de las librerías de ciertas ediciones argentinas de nuestros escritores republicanos. Los amos consideraban la libertad como un insigne favor y cada gota era dosificada cuidadosamente.

Hasta se autorizó la apertura de una capilla protestante. Si bien es cierto que bandas de bravucones fueron varias veces excitados por la Iglesia y la policía, a manifestarse ante aquélla. Entonces es cuando nos apercibimos de los estragos de esos diez años. La generación que alcanzaba su mayor edad estaba embrutecida. Para que no pudiera criticar el culto del Estado y de rechazo el dogma religioso que le servía, se le había prohibido pensar. Me gustaría que los alumnos de filosofía de un país cualquiera leyeran los manuales de las escuelas fascistas. Se leen en ellos títulos de este carácter: «Prueba de la existencia de Dios. Endeblez de todas las escuelas filosóficas no cristianas. Demostración de los errores de los protestantes. Prueba de la inmortalidad del alma». Estos catecismos infantiles plagados de argumentos escolásticos se llaman «*Curso de filosofía*».

Esta pobreza de espíritu daba excelentes resultados entre la juventud. Un falso celo religioso, bien protegido por los uniformes grises de la Gestapo, hizo posibles esas hipocresías en número sin cesar creciente. La sólida honradez, semirracional, semitradicional de los republicanos, fue reemplazada por una farsa de hipocresía sistemática, bajo las apariencias de devoción. La combinación del régimen policíaco y las fuerzas de coerción religiosa dieron al país un aspecto ético curioso. Se puede decir que una moral caótica se instaló en toda España y, sobre todo, en las dos grandes ciudades: Madrid y Barcelona. La propaganda religiosa, apoyada por

durísimas leyes, consiguió que los concubinatos colocados bajo una perpetua amenaza, disminuyeran mucho. No obstante, el nivel moral no aumentó, pues la prostitución creció en proporciones asombrosas. La prohibición del enganche en la calle mantenía la corrupción secreta. Pero el número de burdeles, por lo menos de los que permanecían secretos, aumentaba. Como es preciso que los grandes traficantes gasten su dinero y satisfagan sus deseos, las prostitutas fueron entretenidas como mujeres legítimas y llevaban un tren de vida excepcional. Ello era un desafío constante para las muchachas, tanto ricas como pobres. Las prostitutas se exhibían con pieles y coches, y excepto en el hogar, se las encontraba en todas partes.

El comercio de vírgenes llegó a ser en los burdeles un negocio lucrativo. Se podía conseguir un virgo por cantidades entre mil y cinco mil pesetas. La estadística secreta de la Dirección de Seguridad y de la Iglesia acusaba de año en año una curva creciente en el número de casas de lenocinio. En general, la Iglesia, tenía en cuenta las casas de tolerancia no declaradas, acerca de las cuales daba todos los detalles, que duplicaban o triplicaban la cifra dada por la policía. Lo espantoso era que esa corrupción de costumbres en relación, por una parte, con la venalidad reinante en todos los escalones de la sociedad, y por otro lado, con la continencia que padecían los jóvenes fulminados por las amenazas de la Iglesia, produjo una serie de catástrofes. El número de señoritas «bien» que se prostituía secretamente era increíble. Entre otras cosas, nuestro grupo femenino hizo una vez una investigación para examinar el fundamento de ciertos rumores: los resultados nos dejaron consternados. No podíamos comprender cómo ciertas muchachas conocidas nuestras habían podido ocultar tan perfectamente su juego.

Ese estado de espíritu lo resumió delante de mí un joven

burgués, que comentaba el caso de una estudiante que abandonó todo para irse a vivir con su amante. «Comprendo —decía mi imbécil interlocutor— que una mujer rompa con su pasado para tener pieles, joyas, coche, un departamento o simplemente para ganar dinero, pero que se vaya a vivir con un pobre, esto es indecente». Lo decía sin pizca de ironía, dogmático, como son estos jóvenes «de la situación», cuyo bolsillo llena abundantemente el padre.

He ahí adonde se había llegado.

Las prostitutas iban a todas partes. Las cortejaban. Se las disputaban. La necesidad de cambiar lo más a menudo posible, de tener dos o tres, hacía subir el precio. Pero si una mujer se entregaba, en lugar de venderse, no recibía más que afrentas y se la ponía en la picota. Gracias a estos procedimientos, los amancebamientos desinteresados estaban a punto de desaparecer y la Iglesia podía pregonar que moralizaba al país. Venalidad en todas partes. Corrupción y depravación. El heroísmo escarnecido, la libertad ridiculizada; por parte de una fracción creciente del país, una indiferencia que no era natural, originada por el miedo.

La detención del Comité Ejecutivo y de numerosos miembros de la FUE fue uno de los últimos episodios del terror silencioso. Pero la repercusión en el país fue tan grande que el gobierno comprendió que la policía había mostrado un torpe celo y decidió operar con más discreción en lo sucesivo.

Pero las detenciones eran demasiado numerosas y operadas en un medio desmesuradamente vasto y abierto. El rumor pasó de la Universidad a la ciudad entera, sobre todo cuando se efectuó por la Gestapo, violando el estatuto de extraterritorialidad, una pesquisa en el Liceo Francés, para detener a un interno a quien se acusaba de ocultar propaganda en su habitación. Ese grupo lo integraban, principalmente, tres jóvenes excesivamente cándidos y confiados.

De acuerdo con un plan de la policía española, se metió en el grupo una mujer llegada de América, Ella vendió a sus compañeros. El asunto fue fácil porque los muchachos hacían juego limpio, respetaban ciegamente la palabra dada y creían que la traición sólo existía en las películas y novelas. Nosotros les habíamos prevenido amablemente varias veces. Pero, con inigualada abnegación de los unos hacia los otros, inofensivos a fuer de ingenuos, trabajaban casi a ojos vista. Una sola y cuán amarga traición bastó para deshacer los estudios y la vida de gran número. Saludo desde aquí a estos valientes jóvenes, que esperan en las mazmorras fascistas y esperarán todavía largos años, que les devuelvan su juventud.

No tengo noticias de casi nadie. De vez en cuando, me encuentro con alguno y le pregunto lo que hace; casi siempre me responde que ha abandonado todo. Somos muy pocos los que estamos dispuestos a intentar algo. Por ejemplo, con Miguel no hablamos de ello. Se arregló no sé cómo para no vivir demasiado mal. Parece que, ahora, gana dinero en el bufete de un gran abogado. Dos veces recibimos noticias de Pedro. No muy reconfortantes. Allí arriba, la vida era durísima. Toda la armazón de nuestra organización estaba rota. Ciertamente, casi todos, salvo los que se hallaban en la cárcel, habían renunciado, al menos por el momento, a la lucha. Algunos se habían afiliado a otros grupos supervivientes, pero, a decir verdad, no sabíamos gran cosa.

Pedro es el único que tuvo un fin digno de él. Por lo menos, hasta el presente. Acaso el porvenir nos reserve, también a nosotros, una bella muerte. Su grupo operaba en los montes de El Escorial, unos 60 kilómetros al noroeste de Madrid. Aunque la policía estuviera prevenida no tenía interés en zurrarse con los guerrilleros. Fueron enviados algunos guardias civiles para vigilar las carreteras y patrullar en los pueblos. Entonces ocurrió uno de esos accidentes que sólo

suceden en las novelas. En la vida se producen, pero raramente.

Los guardias civiles dormían en los pueblos donde podían, con preferencia en las casas de los espías. Pues bien, por inaudita casualidad, Pedro y un compañero llegaron de noche a un pueblo para abastecerse en casa de un tendero, que hospedaba en su casa a dos agentes de las fuerzas regulares. Naturalmente, dos desconocidos que llegan a comprar tal cantidad de víveres despertaron sospechas. Mientras le servía, el comerciante envió a su hija a avisar a los policías.

—¿Documentos? Manos a los bolsillos. Dos tiros y la fuga.

Dos días después, un batallón en pie de guerra llegaba al pueblo y el monte fue completamente cercado con la ayuda de la guardia civil. Pedro y los suyos eran quince. Durante mucho tiempo, fue imposible dar con ellos. Los perseguidores cayeron en frecuentes emboscadas y llegaron a temer que los guerrilleros hubieran forzado el cordón de guardias. Por fin, a costa de grandes esfuerzos, cuando el espacio libre apenas ocupaba una cima, se entabló la batalla, alrededor de un molino abandonado. Anochecía. El comandante de las fuerzas gubernamentales hizo emplazar en torno al molino armas automáticas.

¿Qué podían pensar en aquel momento los del interior del círculo?

¿Conservaban aún la fe? ¿Sabían que iban a morir por nada? Confío en que creían todavía en algo; que las Naciones Unidas acabarían por cumplir su promesa, que no se había muerto sin razón durante tantos años. ¿Qué podían pensar encerrados en el círculo de ametralladoras? Lucharon durante toda la noche. En la obscuridad se tiraban al tanteo. Los de fuera disparaban en cuanto se movía una hoja. Los de dentro ahorraban municiones. Diez veces intentaron

romper el cerco. En dos llegaron al cuerpo a cuerpo. A la mañana siguiente, los guardias civiles y los soldados se fueron dando cuenta, a medida que amanecía, que desde hacía algún tiempo tomaban como respuestas el eco de sus propios tiros. En derredor del molino, en la bruma grisácea del amanecer, se hallaban quince cuerpos extendidos. Entonces avanzaron arrastrándose. Tenían miedo hasta de los cadáveres. En aquel momento uno de los cuerpos heridos, inerme, cubierto de sangre, se irguió. El jefe, lívido, gritó al hombre: «Vete, corre, escápate».

El otro obedeció titubeando. Y, en este preciso instante, el oficial le descerrajó en la espalda el cargador que no se había atrevido a tirar de cara.

Vosotros no sabéis lo que es esto. Aquí nos mordíamos los puños. Se nos ha envilecido, se nos ha pisoteado, mas ¿qué puede interesaros esto?

Seguimos la corriente. Tengo ganas de escupir mi desesperación. No hay porvenir. Todo está obstruido. Todo cerrado. Nuestra juventud condenada a vegetar y pudrirse. ¡Voto a Dios!… ¿Es que no comprenderéis jamás lo que aquí sufrimos? Estamos desesperados. Éramos la *intelligentsia*, los valientes, los luchadores de primera línea. Nos hemos transformado en sarnosos y en fuera de la ley. Estamos a merced de un cochino policía de gris, que puede golpearnos hasta matarnos. No tenemos garantías. Nada.

Y pienso en Marisa que murió por esto, que fue una mártir por esto. ¿Por qué? Tengo ganas de llamarla y decirle: «No merecía la pena». Esa porquería fue montada para cazarnos. Nos atraparon. Hicimos los idiotas. Creímos en la libertad, en el progreso, que eran fruslería. A Truman le importa un bledo la libertad. Quiere mercados para los productos americanos. Churchill se burla de la felicidad de los hombres, anhela la grandeza de Inglaterra. Hicimos los idiotas. Lo mismo daba reventar que devenir falangista, pero no sa-

crificarse de ese modo. Desearía que volvieran Gloria, Marga y las otras; por estas caducas tonterías es por lo que perdí el amor de Ana. Estamos en las últimas. No puedo más. Toda esta política es basura, mugre. No quieren más que una cosa, que Franco nos explote, nos arruine, nos humille, nos aplaste hasta el fin. Están de acuerdo con él. Yo recurro al pueblo americano, al inglés, al francés. ¿Cómo podéis permitir tal cosa? Apelo a las gentes honradas de la ONU.

Los españoles piden «socorro». Hemos luchado como vosotros por un mundo nuevo. Hemos tenido más muertos y padecido más que ninguno de vosotros. Cuatro años de guerra. Diez de ocupación. ¿Acaso no es bastante?

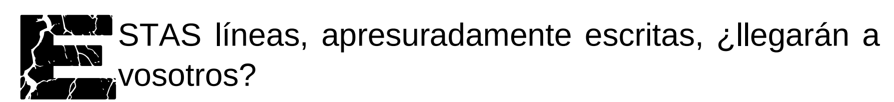
Grito frente al mundo, quisiera tocar a rebato: «España se muere, España ha muerto». No se han contentado con esto. Como sí no hubiéramos sufrido bastantes injurias y humillaciones, se nos ha impuesto la farsa del plebiscito. Fue inmundo. Nos hicieron ratificar nuestra abyección. Cubrieron los muros de carteles. Llenaron las calles de hojas: «Votad sí». Votar «SÍ» es salvar a España, votar «sí» es «asegurar la grandeza del país» y otras imbecilidades. Ahora bien, todo el mundo decidió no votar, puesto que no podía votar «no». Pero la abstención de las tres cuartas partes de la nación hubiera sido una catástrofe para el gobierno. Se hizo obligatorio el voto bajo pena de anulación de la carta de racionamiento. Toda carta no sellada no sería válida, ni renovada. Los ex presos políticos fueron excluidos de oficio de los padrones. Al mismo tiempo, se hicieron correr rumores de que los boletines estarían dispuestos de tal manera que, gracias al control, se sabría quién votaba «no». En fin, para evitar toda imprevisión, se enviaron los boletines a domicilio, con orden de llevarlos ya llenos. De tal suerte, que una simple petición de presentación en la cola podía provocar la detención. Los falangistas no dejaban de enseñar a su ve-

cino el boletín, que iban a depositar. Si alguien se negaba a exhibir el suyo es porque había escrito «no». Tuve muchas discusiones por esto. Todo el mundo transigía. El país entero, exceptuados algunos desesperados que estaban decididos la víspera a votar «no», escribió «sí». Al día siguiente, por otra parte, por reacción y para demostrarse a sí mismos que no eran cobardes, muchos al leer el resultado del plebiscito en los periódicos, cometieron la estúpida imprudencia de gritar en el metro, en el tranvía a viajeros desconocidos: «Yo también vote “sí”, pero lo hice porque tuve miedo». Ese miedo había sido creado por una campaña de nervios. Se ejercieron represalias muy duras contra los recalcitrantes. El anuncio, por ejemplo, de suspensión de sueldo a los funcionarios que no votaran, hizo más efecto en la opinión que los años de terror político que habíamos sufrido. He ahí por qué, al día siguiente, abundaron escenas como la evocada. Asistí a tres de ellas, el mismo día.

En los tres casos los protagonistas gritaban su vergüenza a pleno pulmón, pero la policía, satisfecha de la victoria de la víspera, no intervino. Franco pasó el día, en el mayor secreto, en su yate en alta mar… Por otra parte, aquello era idiota, porque el resultado no fue controlado y más de un colegio presentó cifras preparadas de antemano; o bien el presidente, sólo, después de lanzar una mirada a su alrededor, dijo: «Hay mil habitantes, por consiguiente diez “no”». Y eso fue todo. Yo creí dármelas de vivo, no llevando boletín preparado, con objeto de poder obrar, según las circunstancias. Me presentaron bien extendido sobre la mesa un boletín nuevo, que el presidente tuvo la amabilidad de sujetar con su dedo, al mismo tiempo que miraba lo que yo escribía, bajo la mirada interesada de toda la mesa. Con rabia rasgué un «sí». El presidente sonrió: «Dóblelo para que no se vea e introdúzcalo en la urna».

8

FIN DE MIGUEL



STAS líneas, apresuradamente escritas, ¿llegarán a vosotros?

A medida que crece este manuscrito empiezo a interesarme por su suerte.

¿Qué habrá sido de mí y de todos nosotros, cuando lo leáis? Hago esta pregunta casi por curiosidad. Por mi parte, la lucha terminó. Todo quedó destruido. La red inmovilizada no ha reanudado su vida anterior. Cada uno se fue por su lado. Algunos como José se fueron al maquis. La mayoría quedaron como yo, disponibles. No hemos roto con el pasado —estas líneas lo demuestran— pero nos hallamos al otro lado de la barrera, en las gradas de la plaza. ¡Qué otros lidien el toro! Yo permanezco como un teléfono al que se ha cortado la corriente. Hace algunos minutos era un instrumento vivo. Vibraba. Hablaba. Ahora, lo descolgáis y no oís ni el resorte, ni el ronroneo familiar. Esto ocurre desde que Miguel se fue.

Miguel es el único personaje verdaderamente viviente de esta historia. Él disponía siempre de tiempo para vivir, para amar… Infundía valor a todos. Su amor por María-Rosa era la única cosa bonita que había iluminado aquellos años.

Miguel decía: «Me sentí joven el día que comprendí que no llevaba el peso de una civilización de 1947 años, sino solamente de treinta. Con esta idea en la mollera, a los veinte años creo que acabo de nacer».

Si no he hablado más de María-Rosa es porque no quería

escribir una historia de amor. Estoy seguro de que la habéis sentido encima como un ángel tutelar, pequeña hada de la revolución, adorable criatura lanzada, siendo aún una niña, en pleno mundo de emociones. Ella descubrió al mismo tiempo el amor y la batalla. Permaneció a nuestro lado, sin flaquear, hasta el fin, calmando nuestras inquietudes y transmitiéndonos mágicamente, con su encanto, su confianza. Siempre perfecta, hasta en los instantes en que a mí solo me decía:

«Sabes tú, parezco valiente, pero tengo miedo; no de la muerte, la muerte me creo capaz de aceptarla, sin traicionarme; tengo miedo de las torturas».

He aquí por qué se derrumbó para mí el mundo el día en que ella, ella y él, muy serios y muy graves vinieron a verme.

Me explicaron en pocas palabras.

María-Rosa esperaba un hijo. Parecía inverosímil y un tanto milagroso que aquella niña pudiese crear vida. Nunca me pareció más pura, más casta. Encontré aquello extraño, bien por estar emocionado o acaso decepcionado.

El asunto les había preocupado mucho. Un hijo era la esperanza, el porvenir.

No se podía abandonar la partida; no se podía seguir más a causa de él. Y, sin embargo, sabíamos que no había nada que hacer. Nos traicionaban por todos lados. En el interior, la Gestapo, el miedo, la indiferencia. Fuera, la cobardía, el egoísmo. Estábamos bien fastidiados. Entonces comprendí que no había más que una solución: pasar por la montaña a Francia, emigrar a Portugal, al norte de África o a cualquier otro lugar, huir antes de que fuera demasiado tarde. Esto lo sabían ellos y vinieron a decírmelo.

Y después todo el mundo se calló.

Miguel, por última vez, me explicó la situación:

«Su propaganda ha conseguido una gran victoria. No ha convencido, pero ha llegado a asquear a las gentes. Lo que decían estaba tan lejos de la realidad que la gente se indignaba más por la maniobra misma que por su objetivo. Las democracias, según la versión oficial, eran albañales, países en los que la acción se dilapidaba inútilmente contra los muros constituidos por el parlamento y las garantías legales. Y, en efecto, cuando las gentes vieron el asunto español sometido a dilaciones y a discusiones interminables por tales democracias, comenzaron a doblegarse. Unos se resignaron; otros no comprendieron que ciertas ideas políticas tratan de disimular la presencia de intereses y que para las "democracias" la realidad de los intereses es lo que importa. No hay, pues, que confundir las palabras con los hechos; las promesas con las realidades».

«Se ha embrutecido a los españoles. Exceso de esbirros, exceso de garrotazos. Miedo a la policía y a sus torturas. Temor a la Iglesia y al infierno. Este innoble "chantaje" religioso es explotado por gentes sin escrúpulos, que, para desarrollar cualquier fanatismo y obscurantismo religioso, lo mismo construyen iglesias en España que mezquitas en Marruecos. Y estos canallas son considerados por el clero como apóstoles, porque en la Península protegen a los curas y condenan los libros hostiles al clericalismo, porque ayudan a pensar y, por lo tanto, su acción daña tanto al régimen como a la Iglesia».

Y entonces Miguel agregó:

«Esto debes escribirlo. Yo me encargo de que se publique. Dondequiera que me encuentre, en Francia, en América o en los países escandinavos, envíame el relato de lo sucedido en estos años. Es necesario que el mundo lo sepa. Lo publicaremos bajo seudónimo. La verdad tiene que saberse un día».

Comprendí entonces que todavía no había terminado todo. Que podía y debía continuar la lucha. Una lucha distinta. Ante esta realidad, el desaliento desapareció. Miguel me ofreció la posibilidad de lanzarme de nuevo al combate.

¿Qué importaban en aquel momento el peligro, el miedo, la indiferencia? Volver otra vez a arriesgar, a guardar papeles o escribir furtivamente, a tocarse el traje, a palpar el forro cada diez minutos para estar seguro de que todo sigue en orden. Siento en mí de nuevo ese alegre sentimiento del hombre que comprende la razón de su lucha, que deja en libertad al espíritu y no teme las amenazas, porque participa de nuevo en la lucha común. Por esto empecé a escribir.

En el ambiente en que vivo pululan jóvenes estudiantes universitarios que me escuchan, porque he terminado mis estudios y soy más viejo que ellos. Me hablan de sus ideas, de sus proyectos. Les oriento. Les dejo el sitio. Les hablo de Miguel. Son muchachos generosos. Algunos poseen verdadero entusiasmo, pero les faltan muchas cosas. Educados en un mundo fascista, hay en ellos cierto miedo que no consiguen eliminar. Los mejores apenas si tienen el gusto del peligro y del sacrificio. Para ellos la revolución es un juego un poco morboso. Temen no estar a la altura de las circunstancias y me hablan continuamente de sus dudas. ¿No es asumir una responsabilidad demasiado grande? Y, después, ¿qué ocurrirá? Esta generación está dañada.

Al terminar la guerra civil tenían diez años. Tienen diez años de fascismo sobre la espalda. ¿Qué se puede hacer? ¿Cómo contar con estos pobres jovencitos? En general, hablan mucho y no hacen. Las crisis de abatimiento los incapacitan para emprender algo que sea definitivo. El sentimiento de impotencia, debido a nuestro aislamiento, les obsesiona. Se derrumban en cuanto ocurre una alarma. En lugar de tomar precauciones y detener su marcha en caso de peligro, se agitan a tontas y a locas y están siempre ocupados en co-

menzar de nuevo. Claro es que muchas veces son detenidos. Se les imponen diez años de prisión y dejan de ser peligrosos. Es inevitable, diez años es pena dura.

La prensa desempeña un papel esencial en dicho embrutecimiento general de la juventud. Hábilmente dejan entrever que las democracias se han lanzado a una serie de inútiles movimientos revolucionarios. Huelgas en Francia. Huelgas en América. Paros en todas partes. Excepto en España, evidentemente, porque todo se arregla amistosamente gracias a la benevolencia del «caudillo» y de las Cortes. «El *caudillo* ha sido enviado por Dios para salvar a España» (*sic*). Si las gentes no estuvieran impregnadas de filosofía occidental y cristiana, Franco sería considerado como un verdadero Mikado.

Ved: en lugar de huelgas y movimientos obreros, tenemos en España un completo orden. Los obreros (sigue hablando la prensa) están satisfechos de las leyes que el caudillo y las Cortes han tenido la amabilidad de promulgar para ellos. El Ministro de Trabajo da el ejemplo más edificante, la legislación obrera ocupa ya toda una biblioteca. Los reglamentos llueven. Como España es el país del orden es normal que se apliquen reglamentos particulares a aquellos que cuecen ladrillos, a los que los transportan y a los que los colocan.

Es sencillamente lamentable que los salarios establecidos por los citados reglamentos sean tan bajos. Se debe recurrir a suplementos por carestía de vida. La clase obrera no puede comer con tales salarios y está obligada a trabajar sin descanso o si no a hacer el mercado negro. No obstante, la prensa financiera nacional rebosa de satisfacción; las cuentas corrientes bancarias alcanzan cifras récord. Los beneficios de las sociedades de crédito aumentan. Las reservas de las empresas no cesan de crecer. El hecho salta a la vista. La riqueza está tan desigualmente repartida que resulta escandalosa. Una minoría insignificante detenta la riqueza

del país. La razón fundamental del marasmo económico español es la falta de un poder adquisitivo más amplio. La mayoría de la gente gana lo justo para vivir y no puede tener ninguna liberalidad, por temor al mañana.

Los jóvenes viven con el recuerdo de las experiencias vividas. España ha atravesado un período histórico de más de diez años de ambiente belicoso, ora de guerra civil, ora de larga represión con centenares de millares de hombres fusilados o muertos de hambre en las cárceles. La represión ha sido horrible: el tormento del aceite de ricino, las palizas, las torturas medievales. Durante mucho tiempo, la única política interior del régimen fueron las continuas persecuciones. Los falangistas, los policías, los jóvenes partidarios del régimen, los prohitlerianos, todos se convirtieron en espías. En las calles, en el café, en los trenes…, en suma, en todas partes, estaba prohibido leer periódicos como el *Times* o el *Figaro* (por absurdo que parezca, importaba menos el matiz político del periódico que la lengua en que estaba escrito). Si os veían leer diarios como los citados os linchaban. El temor llegó a crear un sexto sentido en nosotros. Uno desconfiaba de todas las personas desconocidas, aun de aquellas que se declaraban izquierdistas. Los esbirros del régimen no bromeaban.

Uno y otro día las ideas democráticas eran deformadas, ridiculizadas en la prensa y en las cátedras de la Universidad. Se jugaba con las palabras. Libertad, igual a libertinaje. La libertad en España es la voluntad de Franco; él está encargado por Dios y por el destino de asumir la voluntad de su pueblo, mientras que el deseo de los obreros de conseguir la felicidad es puro libertinaje. He ahí por qué se ha organizado la comedia del sindicalismo falangista. Con el fin de que los obreros no se extravíen y no confundan la libertad con el desorden, los representantes son nombrados por el gobierno. La corrupción organizada, las riquezas desigual-

mente distribuidas, el abandono de las democracias, el miedo acumulado durante años hicieron de nosotros seres sin confianza, llenos todavía de ganas de luchar, pero sin un amigo para sostenernos, sin un resplandor para guiarnos. La fe sobrevive, está en nosotros, en nuestra noche interior, dispuesta a surgir, pero nada ayuda a su impulso.

El interés del pueblo es claramente opuesto al del gobierno. Cuanto más pierde el país más gana el enemigo. Todo el mundo lo sabe. Nadie puede nada contra esto. Todos lo aceptan, hasta mis adolescentes compañeros. Los jóvenes revolucionarios de hoy se preguntan, también, si hay otra solución que el renunciamiento. Esto es lo más grave. En tal estado de ánimo nos hallamos.

He recibido noticias de Miguel. Allí la vida es dura para él. Pero su hijo va a nacer en una tierra libre, donde se puede luchar abiertamente. Ya es mucho. Todo el mundo se va. Después de Miguel, todos los viejos luchadores y centenares de jóvenes y hombres maduros pasan la frontera. Pertenecen a toda clase de organizaciones: comunistas, socialistas, muchachos de la FUE. Ni siquiera saben adónde van. Algunos aprendieron el ruso, el checo, el sueco y no sé qué más. A todo trance reclaman la hospitalidad de un país cualquiera. Yo, por el momento, me quedo aquí: tengo todavía cosas que hacer. Miguel acabó con elegancia. Al terminar el partido, abandonó el estadio. Vuelve a empezar allá lejos. Hay gentes que no tienen suerte; mi misión consiste en tirar aquí hasta que me detengan, en soplar las cenizas, en desesperar de todo. El impulso tienen que darlo los del exterior. Yo, desde dentro, debo darles facilidades para que vuelvan a comenzar.

Cuando yo estaba consagrado a escribir, ocurrieron novedades. Emilio me telefoneó:

—Ven enseguida, vamos a tener jaleo.

—¿Dónde estás?

—Frente a la Facultad de Medicina.

—¿Qué es lo que sucede?

—Vamos a pedir la cabeza de los detenidos como culpables en el asunto del pan.

—No es la cabeza de los culpables presos lo que hay que pedir, sino la de aquellos responsables que no están ni siquiera detenidos.

—Bien; eso no importa, ven enseguida.

Y colgó. Mientras subía al tranvía reflexioné un instante acerca de la cuestión. Por primera vez la corrupción era señalada con un escándalo morrocotudo. El trigo argentino destinado a España había sido sencillamente vendido, durante un año, aun antes de desembarcado, a consumidores extranjeros, mediante pingüe beneficio. En el país la falta de pan se dejaba sentir agudamente desde hacía mucho tiempo. El gobierno se había vanagloriado de ese tratado de comercio con la Argentina que nos permitía enjugar nuestro déficit de trigo. Y fueron los mismos jefes del servicio de repartición los que montaron su mercadito negro y aumentaron el hambre que padecía el pueblo: doscientos millones de pesetas, según el rumor público. El gobierno argentino transigió en un principio. Luego se indignó, porque el tratado le costaba caro y no admitía que otros bribones recogieran el beneficio al que él había renunciado. Los argentinos ya habían divulgado la especulación. Única solución: aumentar las proporciones del escándalo para recuperar su control. El gobierno detuvo a dieciocho panaderos y grandes molineros, entre ellos al jefe del Sindicato. Era necesario aislar el fuego y sacrificar a algunos amigos para salvar a otros. Ahora bien; se representó una magnífica comedia: el gobierno condenó a los culpables a restituir treinta de los doscientos millones robados y luego organizó una manifestación de

carácter falangista para pedir la cabeza de aquéllos. Muy fuerte. Así oficialmente somos un pueblo libre y el gobierno, respetuoso con la voluntad del pueblo, exige que se haga justicia. Mañana los diarios publicarán en grandes titulares: «El gobierno acoge la reclamación nacional»… Y los responsables de fuste son olvidados por el pueblo reconocido.

Únicamente que no contaban con el pueblo. Se prepararon horcas para ser paseadas por la multitud y cartelones que decían: «¡Mueran los prevaricadores!». Todo el mundo lo tomó a broma. Cuando llegué a la Facultad de Medicina, Emilio estaba esperándome. Le pregunté:

—¿Se lo han tragado?

—¡Qué ocurrencia! Todo el mundo sabe que es una farsa.

Efectivamente, los estudiantes salieron a la calle y con burlas y empujones obedecieron las consignas del SEU (es decir, la Falange Universitaria), pero tan perfectamente que imitaron, desternillándose de risa, a los indios en sus gritos de guerra. Gritaban con cadencia: «Sangre, sangre, sangre». No era esto lo previsto por las autoridades. No hubo otro remedio que ir, porque los delegados entraron en las clases y dieron orden a los profesores de suspenderlas y de llevar a todos a la manifestación, pero nuestro desquite consistió en transformar el 14 de julio en carnaval.

Dije a Emilio:

—Convendría transformar esto en una verdadera manifestación; acaso no sea difícil.

—¿Crees tú? ¿No ves que los muchachos tienen ganas de divertirse?

—Mientras tanto, las fotografías de los periódicos no hablan y las actualidades cinematográficas muestran lo que les da la gana. Exhibirán fotos de gentes amotinadas con horcas y todo.

—¡Bah! —dijo filosóficamente—. Ven, vamos a seguirles. Va a hablar el Ministro de Trabajo.

—Pero ellos han dicho ya que todo es una farsa frustrada.

—Ciertamente. Para atraer a los estudiantes los delegados contaron la verdad. Así es que muchos van por curiosidad, para oír lo que diga Girón.

Fui con ellos. Girón habló. Pero seguramente el orador no esperaba que los manifestantes cantasen con música de una canción infantil universalmente conocida:

> Dónde está la harina,
> mi tía liraliralira.
> Dónde está la harina.

Me imaginé el efecto en provincias, donde no se conocía la verdad. El papá conservador diría al hijo revolucionario:

—Ves, tú hablas siempre de las democracias. Cuando se forman manifestaciones por algo justo no se detiene a nadie y el gobierno transige más fácilmente que en Francia o en Inglaterra. Lo que no se puede tolerar son las manifestaciones revolucionarias, sin pies ni cabeza, de rateros que no pretenden otra cosa que pillar.

Y si el mozalbete trata de protestar, le agregará:

—Mira los periódicos, desdichado. ¿Las fotos son acaso un truco? ¿Han sido pintadas las horcas?

Bonito juego de manos. Es cierto que los que van a pagar los vidrios rotos son culpables y merecen, probablemente, que se les cuelgue; lo que no es óbice para que los peces gordos hayan escapado de la red y no sean atrapados fácilmente. Se salvaron apareciendo como héroes justicieros. La prensa no abandonaba el asunto. Era una mojiganga tan bien preparada que, a pesar de los discursos y de las pro-

mesas, los incursos no han recibido hasta ahora otro castigo que la multa.

Y, después de todo, uno se pregunta para qué pueden servir estos ejemplos. Todo el mundo sabe que durante la escasez de materias grasas, la policía descubrió un tren entero cargado de bidones de aceite, cuya documentación declaraba madera o no sé qué. Según los informes recogidos, era un general el que expedía el aceite a determinados traficantes. Se echó tierra al asunto, pero por poco tiempo, pues los inspectores, muy orgullosos de su olfato, se habían vanagloriado del éxito. Para aquel que cuenta con el gobierno todo está permitido. Para los demás, hasta su honesta inclinación a denunciar los abusos es considerada como un crimen. La denuncia ha llegado a ser la moneda corriente. Como de uno y otro lado no se perdonan, aquellos que pueden eliminar a un enemigo lo hacen. Buenísimas personas, que únicamente tienen el defecto de ser un poco miedosos, no vacilan en dar informes a sus amigos, si creen que se sospecha de ellos. ¿Por qué luchar todavía? Estamos completamente solos. Desesperadamente solos. Después de la *Anschluss*, después de Múnich, en 1939, las democracias nos abandonaron también. No querían volver de nuevo a la guerra. Esto es comprensible, pero, entonces, ¿por qué tanta hipocresía? Falta de energía, falta de buena fe, falta de espíritu de continuidad, falta de sinceridad. El gobierno de aquí lo sabe y se aprovecha de ello. Verdaderamente, la ocasión es favorable. Tuvo el cinismo de declarar oficialmente que no había más que 2.000 prisioneros en las cárceles. Esto era hace dos años. Ahora bien, se liberan (libertad provisional que se denomina aquí libertad condicional), poco más o menos, 100 prisioneros por semana para hacer sitio. A este paso, en cinco meses, las cárceles hubieran quedado vacías; ahora bien, ellas rebosan siempre de presos.

Los famosos calabozos subterráneos de la Dirección General de Seguridad están en todo momento llenos de desgraciados a quienes se golpea y martiriza para que confiesen cualquier cosa. Los policías de la Gestapo falangista ponderan y se vanaglorian de sus métodos. Se los enseñan al primero que llega. Las jóvenes vendedoras de tabaco al por menor (tráfico prohibido) huyen en el momento en que los policías parecen ligeramente excitados. En tiempo normal pasan al lado de ellas sin observar nada, puesto que todo el país hace oficialmente mercado negro. Pero ellas han aprendido a conocer de lejos si ellos están de buen o de mal humor. No es raro presenciar en los barrios bajos cacerías de mujeres. Jovencitas, mujeres jóvenes, viejas, corren como locas delante de los hombres de gris. Agarran la primera que cae en sus manos y se la llevan. A veces son muchachas de diecisiete años que gritan, lloran y piden socorro. Muerden los puños de quienes las llevan detenidas. Al día siguiente volverán a su puesto, con sus cigarros sueltos a veinticinco céntimos, los rasgos tensos, pálidas, los dientes apretados, para tratar de ganar su vida a costa de una nueva violación eventual. Y nadie se mueve. He asistido a cacerías de este tipo. No tengo miedo, pero ellos tienen pistolas que no vacilan en utilizar. ¿Por qué dejarse matar tontamente, sin eficacia, para salvar a una mocosa que fue atrapada ya el mes anterior y que acaso lo sea otra vez mañana? Sí, esto es lo que predomina aquí, la indiferencia. Estamos hartos de hacer los Don Quijote y de destrozarnos unos después de otros contra esta fuerza ciega, absurda y malvada que nos destruye irremediablemente, hagamos lo que hagamos, en medio de la indiferencia de las naciones llamadas civilizadas, que se mofan de nosotros. Estas mismas naciones se indignan de los métodos de la propaganda alemana. ¿No son propaganda sus películas sentimentales en las que al morir el héroe, una actriz rubia platinada solloza porque es feliz con sacrificar a su amado en aras de la

justicia y del mundo futuro? ¿Es que rehusáis ver claro o es que sois una banda de mentirosos? ¿Es que estáis verdaderamente decididos a dejarnos abandonados?

La cólera se nos sube a la garganta. No se puede mentir de ese modo. Es imposible, al fin y al cabo.

Estamos fatigadísimos. Estamos hartos. Es ya demasiado tarde. ¿Quién continúa aún la lucha aquí? Este manuscrito es la última cosa que intento. Con él digo adiós a la vida activa y a la esperanza. He hecho todo lo que he podido hasta el fin. Si se me detiene con esto en el bolsillo, sí lo pierdo, si se llega a conocer el autor mi cuenta es clara. Ya no puedo realmente hacer más.

A lo largo de estas páginas habéis asistido paulatinamente a dos acontecimientos que uno hubiera creído imposibles en un país de sangre ardiente como España. El crecimiento de la indiferencia y el aprendizaje del miedo. Diez años. Pensad en ello, la duración completa de los estudios. Tres años de escuela primaria, seis años de estudios secundarios y un año más para el bachillerato. Somos los bachilleres del miedo. Nuestra sombra, nuestra voz, nos asustan en lo sucesivo. Permitimos que se persiga a pobres mujeres en la calle y nos alejamos apresuradamente para no oír sus gritos. Yo lo digo, porque tengo vergüenza.

El miedo se cierne sobre el país. Obliga, cada día, a nuevos miembros a abandonar las organizaciones clandestinas. No solamente el miedo, sino también la indiferencia. Los mejores no desean más que una cosa: emigrar. A los demás les tiene sin cuidado hasta esto. Les basta con que les dejen ganar miserablemente su pan tranquilos. Cuando todas las gentes de valer abandonaron España en 1939, ante la victoria fascista, el país sufrió un daño terrible. Hoy, perdida toda esperanza, las gentes de la nueva generación, los que han llegado a hombres entre 1939 y 1948, también piensan en emigrar. Muchos huyeron por la montaña y deben encon-

trarse en Francia, a menos que de allí no hayan proseguido el viaje hacia otros continentes, lejos de Europa. Otros tratan, por todos los medios, de partir. Están hartos. Es comprensible. Nadie puede arrojar la primera piedra. Hicieron todo lo posible contra ese gigantesco miedo. Abandonados de todos, nos hallamos absolutamente inermes.

Y ahora, para terminar, voy a contar lo que ha ocurrido este mes en la Universidad.

Uno de los muchachos vino a verme a casa. Es un mozo de diecinueve años, Eduardo. No sueña más que con la acción directa y trata de agrupar a sus compañeros para reconstituir los focos resistentes en la Universidad. Viene a consultarme porque para él soy un viejo lleno de experiencia. Como es muy escrupuloso, me preguntó:

—¿Tú crees que sería legal declarar la huelga para conseguir la anulación de algo que hemos aceptado?

Eduardo me divierte con su seriedad. Frente a un asesino que le amenazara, trataría de consultar el código penal para saber si el caso correspondía a legítima defensa. Para saber adónde quería llegar, le contesté:

—Si ha aceptado usted una obligación, no es legal romperla por la fuerza.

—Sí, pero veamos de qué se trata. Hace cinco años se declaró obligatoria la asistencia a clase, así como el examen final, que comprende todas las asignaturas cursadas en los años precedentes. Ahora queremos declarar la huelga para imponer la anulación de eso.

—Mi querido Eduardo, una vez que se aceptó esa condición al matricularse en la Universidad, no es lícito declararse en huelga contra ella (Eduardo se ruborizó). Pero como no existen diputados ni control alguno y la nación no dispone de medios para rechazar una ley, la única solución es res-

ponder a un decreto impuesto con fusiles con una recusación apoyada por una huelga.

Eduardo se marchó radiante de alegría y yo esperé los acontecimientos. El viernes, a mediodía, mi joven compañero llegó triunfante:

—Ya está la huelga —y de un tirón me contó—. Esta mañana, al llegar a la Facultad, hemos empezado a decir que no era necesario asistir a las clases y a propagar lo que tú me dijiste el otro día. Pues bien, ello dio un resultado magnífico. Nadie entró en los anfiteatros y telefoneamos a los profesores para prevenirles. Y luego pasamos toda la mañana gritando en los pasillos.

Es muy importante que los elementos del SEU intentaron calmar los espíritus y no lo consiguieron. Entonces salió el decano y nos preguntó qué es lo que queríamos. Un muchacho, Roberto, que no está ni siquiera afiliado, se adelantó y habló. Estuvo estupendo. Es verdad que tenía mil muchachos detrás de él. No podían tocarle. Dijo que la huelga era nuestro único instrumento de acción. Cuando el delegado del SEU protestó, Roberto le hizo callar: «¿Qué representa hoy el SEU? ¿Qué estudiante, afiliado por fuerza, os ha dado un mandato?». Y todo el mundo aprobó. Tú sabes que para inscribirse en la Universidad es necesario estar afiliado al SEU. Los representantes del SEU tuvieron que retirarse y Roberto añadió que el SEU en lugar de representar a los estudiantes se había transformado en una oficina de funcionarios del gobierno. Se le ovacionó y el decano prometió hacer las gestiones para darnos satisfacción. Luego salimos a la calle y continuamos gritando. Dos grupos de la Falange se dispersaron sin combatir con sólo saber que se les enviaba contra nosotros. Fue necesario llamar a la fuerza armada. Mientras tanto, detuvimos los coches oficiales, rompiendo sus cristales y llamando a sus ocupantes «ladrones» y «traficantes». Hace tiempo que me contengo

en público, pero hay que oír lo que les dije esta mañana. Después llegó la Gestapo. Hubo una trifulca y nos dispersamos gritando «¡Viva la huelga!». ¿Qué te parece todo esto?

—Digo únicamente una cosa, vuestro éxito fue debido a la sorpresa. Mañana sábado durará todavía la impresión. Después volverá a aparecer el miedo. Seguramente empieza ya a merodear. Muchos piensan: «Con tal de que no me hayan visto esta mañana». Después llegará el domingo. Cada uno irá a divertirse. Se sumirán en la indiferencia y en la repugnante pasividad. Me duele decepcionarte, Eduardo, pero el lunes entrarán todos, como corderos, en clase. El país está agotado. Un esfuerzo de tres días, una crisis de rabia enfermiza, es todo lo que es capaz de hacer.

—Eres pesimista porque no los has visto esta mañana. Estaban excitadísimos. Cuando Roberto habló contra el SEU todo el mundo estaba de acuerdo con él.

—Escucha, chiquillo, yo reemplazo a Miguel y debo hablar como lo haría Miguel. No tengas confianza. Sigue trabajando para continuar la huelga y no dejes de actuar cuando la huelga haya fracasado.

—Si lo que dices es cierto, ¿para qué continuar?

—¿Es que yo lo sé?, ¿por qué continúo yo? Aunque no fuera más que para efectuar el relevo. Hemos resistido durante diez años, no vamos a abandonar la brecha.

—No tendrás tiempo de hacerlo —dijo Eduardo—. Esta historia de hoy puede dar mucho ruido. Puede ser decisiva. Es la primera vez que una masa estudiantil se enfrenta con la Falange.

No contesté. ¿Para qué? Pero no confío en estos jóvenes alumnos en medio del miedo. No resistirán el golpe. Podemos esperar de ellos un decaimiento de ánimo de un día a

otro. Y nosotros estamos ya tan cansados…

Ni relevo. Ni municiones. Ni esperanza. Ni apoyo. No hay juventud, ni amor, ni ilusiones.

A ese extremo hemos llegado.

El martes, por la noche, Eduardo llegó abatido, taciturno. Tuve que arrancarle las palabras de la boca. No quería hablar.

—¿Qué ha pasado?

—Pues bien, todo el mundo ha vuelto a clase.

—¿Y la huelga?

—No hay huelga.

—¿Habéis conseguido lo que pedíais?

—Nada.

—Pero ¿entonces?

—Entonces, nada.

Hubo un silencio. Eduardo miraba a lo lejos.

—Abandono todo.

Un nuevo prolongado silencio y añadió:

—No hay más esperanzas. Miguel tenía razón. Sin ayuda exterior no podemos hacer nada. Y, en el fondo, ¿qué es lo que esto les atañe? ¿Qué es lo que puede importarles a todos que nosotros reventemos aquí? Inglaterra ha dejado morir a millones de indios durante siglos y nosotros no somos, probablemente, más desgraciados que ciertos negros de los Estados Unidos. Ahora bien, si han tolerado eso en su casa, ¡cómo quieres que les inquieten veinticinco millones de españoles!

No respondí. También yo estaba cansado. Eduardo continuó con rabia:

—¿Sabes tú, Roberto, que el que había organizado la huelga no es ni siquiera izquierdista, sino monárquico? Hemos fracasado. He aquí lo hecho por esos tipos reunidos, demócratas y camisas azules.

ഇ൏

Índice

	Prólogo	4
1.	El principio	6
2.	Organización clandestina	17
3.	La lucha	32
4.	Primer desastre	45
5.	El fin de la guerra	59
6.	La ONU	68
7.	El fin de todo	82
8.	El fin de Miguel	94